



La Sonata a Kreutzer
León Tolstoi



LEÓN TOLSTOI
LA SONATA A KREUTZER

Mas YO os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

(San Mateo, V, 28.)

Y sus discípulos le dijeron: Si tal es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. Entonces Él les dijo: No todos reciben esta palabra, sino aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron a sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos. El que pueda ser capaz de eso, séalo.

(San Mateo, XIX, 10-2.)

I

ERA EL COMIENZO de la primavera. Llevábamos dos días de viaje. A cada parada del tren bajaban y subían viajeros de nuestro coche; pero quedaban siempre tres personas que, como yo, habían subido al coche en el punto de la partida del tren: una señora, ni joven ni guapa, cara consumida, con gorra en la cabeza, un paletó medio de hombre, y fumando cigarrillos; su acompañante, de unos cuarenta años, portador de un equipaje flamante, muy arreglado y ordenado; finalmente, otro caballero que se mantenía a distancia, aún joven, pero con el pelo rizado prematuramente canoso, bajo de estatura, de ademanes nerviosos, con unos ojos muy brillantes que saltaban con rapidez de un objeto a otro. Llevaba un sobretodo usado pero hecho por un buen sastre, con astracán, y un alto sombrero también de astracán. Bajo el sobretodo, cuando lo desabrochaba, se veía la *poddiovka* y la camisa rusa bordada. Otra particularidad de este caballero consistía en emitir de vez en cuando sonidos extraños parecidos a tos o risa bruscamente interrumpida. Este señor parecía evitar durante todo el trayecto trabar relaciones con los viajeros. Cuando alguien le dirigía la palabra, daba una respuesta breve y seca y se ponía a leer, o mirando por la ventanilla, fumaba o sacando provisiones de su vieja valija bebía té y comía.

A mí se me antojó que le pesaba la soledad y varias veces traté de hablarle; pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, lo que sucedía a menudo, porque estábamos sentados casi frente a frente, volvía la cabeza, tomaba un libro o miraba por la ventanilla. A la caída de la tarde, aprovechando una parada larga, este señor bajó a la estación a buscar agua hirviendo y se puso a preparar su té. El caballero de los equipajes flamantes —un abogado, según supe después— bajó con su vecina, la señora del sobretodo masculino y de los cigarrillos, a tomar té en el restaurante de la estación.

Durante su ausencia entraron en el coche algunos viajeros nuevos, entre los cuales figuraban un viejo alto, muy afeitado y arrugado, un comerciante a todas luces, embutido en un cumplido capote de pieles y cubierto por una gorra no menos cumplida. Este comerciante se sentó frente al puesto vacío del abogado y de su compañera; y al punto entabló conversación con un joven que parecía un viajante de comercio, y que acababa de subir también en esa estación. Yo me encontraba lejos de esos dos viajeros, y como el tren estaba parado, podía oír a ratos fragmentos de su conversación.

El comerciante declaró primero que iba a su casa de campo, la que se encontraba cerca de la próxima estación; después hablaron, como de costumbre, del desarrollo actual del comercio, especialmente en Moscú, y luego de la feria de Nijni-Nóvgorod. El comisionista empezó a relatar las francachelas de un rico comerciante, muy conocido; pero el viejo no le dejó seguir, poniéndose a contar francachelas y devaneos de antaño en Kunávino, en las cuales había tomado parte. Estaba evidentemente muy orgulloso de tales recuerdos. Contaba con orgullo cómo, estando beodos, habían hecho precisamente con aquel mismo comerciante, en Kunávino, tales locuras, que no podía decírselas al otro más que al oído, a lo que el viajante soltó una carcajada estrepitosa y el viejo se puso a reír enseñando los dientes amarillentos.

Como no me interesaba su charla, salí del vagón para estirar las piernas. En la portezuela encontré al abogado y la señora:

—No tiene usted tiempo ya —me dijo el abogado—, va a sonar el segundo toque.

En efecto: apenas llegué a la cola del tren, se oyó la campanilla. En el momento de entrar, el abogado hablaba animadamente con la señora. El comerciante, sentado enfrente de los dos, permanecía taciturno, moviendo los labios de vez en cuando con aire desaprobador.

—Y ella —decía el abogado, sonriendo, al tiempo que yo pasaba a su lado— declaró redondamente a su marido “que no podía ni quería vivir con él, porque...”

Y continuó; pero no me enteré del resto de la frase, distraído por el paso del conductor y de un nuevo viajero. Restablecido el silencio, volví a oír la voz del abogado; la conversación pasaba de un caso particular a consideraciones generales.

El abogado decía que la cuestión del divorcio ocupaba la opinión pública en Europa y que entre nosotros se

producían casos análogos con frecuencia creciente. Notando que se oía solamente su voz, el abogado concluyó su discurso y se dirigió al anciano:

—En otro tiempo, ni siquiera sucedían esas cosas... ¿No es verdad? —añadió con una sonrisa amable.

En este punto arrancó el tren; el viejo se quitó la gorra, sin contestar, y se santiguó, mascullando una oración. El abogado desvió la vista, aguardando cortésmente la respuesta. Cuando el anciano hubo acabado, se encasquetó la gorra hasta los ojos, y dijo:

—Sí, señor; eso sucedía también antes, pero menos... En los tiempos que corren, es natural que ocurra con más frecuencia...

¡Ahora sabe tanto la gente!...

La velocidad del tren iba en aumento y era tal el ruido, que no me era ya posible oír distintamente. Sintiendo curiosidad por saber lo que dijese el viejo, me acerqué. También mi vecino, el nervioso caballero de los ojos brillantes, estaba evidentemente interesado y prestaba oído sin cambiar de puesto.

—Pero, ¿qué mal hay en la instrucción? —preguntó la señora con una sonrisa apenas perceptible—. ¿Sería mejor casarse como en tiempos pasados, cuando los novios no se veían siquiera antes del matrimonio? —continuó, respondiendo, según la costumbre de muchas señoras, no a las palabras de su interlocutor, sino a las que creía que iba a decir—. Las mujeres no sabían si llegarían a amar, ni si serían amadas; se casaban con el primer advenedizo, y después lo lloraban toda la vida. ¿Por lo visto, según ustedes, las cosas andaban mejor de esa manera? —prosiguió, dirigiéndose patentemente al abogado y a mí, y no, ni por asomo, al viejo.

—¡Ahora sabe tanto la gente! —repitió este último, mirando con desdén a la señora, y dejando sin respuesta su pregunta.

—Desearía saber cómo explica usted la correlación entre la instrucción y los disentimientos conyugales —dijo el abogado, sonriendo ligeramente.

Quiso responder algo el comerciante, pero la señora lo atajó.

—No, ihan pasado esos tiempos! El abogado le cortó la palabra.

—Déjele expresar su pensamiento.

—La educación no engendra más que tonterías —dijo el viejo resueltamente.

—Casan a los que no se quieren y luego se sorprenden que no vivan en armonía ... —se apresuró a decir la señora, dirigiendo una mirada al abogado, a mí, y también al viajante, que escuchaba de pie y sonriente, puesto de codos sobre el respaldo del asiento—. Los animales son los únicos que se pueden unir a voluntad del amo, pero las personas tienen inclinaciones, afectos —decía la señora con la intención evidente de desazonar al mercader.

—No dice usted bien, señora —replicó el viejo—; los animales son bestias, y el hombre ha recibido la ley.

—Pero, con todo eso, ¿cómo vivir con un hombre cuando no hay amor? —continuaba la señora, apresurándose a emitir opiniones que debían parecerle muy nuevas.

—Antes no se hacían semejantes distinciones —replicó el viejo en tono grave—; ahora es cuando ha entrado eso en las costumbres. En seguida que ocurre la cosa más pequeña, dice la mujer: “Ahí te quedas; yo me voy de esta casa”. Hasta entre los aldeanos se ha impuesto la moda: “Toma —dice ella—, aquí tienes tus camisas y tus calzones; iyo me voy con Vanka, que tiene el pelo más rizado que tú!” ¡Vaya usted a entenderse con ésas! Y, sin embargo, lo primero para toda mujer debe ser el temor.

El viajante nos miró al abogado, a la señora y a mí, reprimiendo una sonrisa, y dispuesto a burlarse de las palabras del comerciante o a aprobarlas, según la actitud de los demás.

—¿Qué temor? —preguntó la señora.

—¿Qué temor? ¡El temor del marido! ¡Ése!

—Eso, señor mío, se acabó.

—No, señora; eso no puede acabar. Eva, la mujer, fue creada de una costilla del hombre, y no será otra cosa hasta el fin del mundo —dijo el viejo, meneando la cabeza tan severamente y con tales aires de triunfo, que el viajante, creyendo decidida en su favor la victoria, soltó el trapo a reír.

—Sí, eso piensan ustedes los hombres —replicó la señora, sin darse por vencida, y volviéndose hacia nosotros—. Ustedes se han reservado la libertad para su uso; en cuanto a la mujer, quieren encerrarla en el serrallo. A ustedes les es permitido todo, ¿verdad?

—Nada de eso; lo que hay es que si el hombre anda en malos pasos fuera de su casa, por eso no se aumenta la familia; pero la mujer, la esposa, es un vaso frágil —continuó el comerciante con la misma severidad.

Su tono autoritario subyugaba evidentemente al auditorio. La misma señora se veía derrotada, aunque no se rendía.

—Sí; pero usted admitirá, supongo, que la mujer es un ser humano y tiene sentimientos, como el hombre. ¿Qué debe hacer si no quiere a su marido?

—¡Si no lo quiere! —repitió el viejo frunciendo el ceño—, ¡Pues no faltaba más! ¡Se la obliga a quererlo!

Este argumento inesperado pareció de perlas al comisionista, que se creyó en el caso de acogerlo con un murmullo de aprobación.

—No tal; no podrá obligársela —objetó la señora—. Cuando no hay cariño, no se puede obligar a nadie a

querer a su pesar.

—Y si la mujer falta al marido, ¿qué hacer entonces? —interpuso el abogado.

—Eso no debe ocurrir —contestó el viejo—. Hay que andar con ojo.

—Pero, ¿y si ocurre, a pesar de todo? Convendrá usted en que a veces ocurre.

—A veces. Pero no entre nosotros —respondió el viejo. Todo el mundo calló. Adelantóse el comisionista, y no queriendo quedarse a la zaga en el debate, empezó con una sonrisa:

—Sí, en casa de nuestro principal ha ocurrido un escándalo, y no es nada fácil ver claro en el asunto. Se trata de una mujer amiga de divertirse, y que ha empezado a torcerse. Él es un hombre entendido y serio. Al principio era con el tenedor de libros. El marido trató de reducirla a la razón con bondad; pero ella no cambiaba de conducta, sino que, al contrario, cometía las acciones más feas, y dio en robarle dinero. Él le pegaba. ¡Qué si quieres! La cosa iba de mal en peor. Empezó a admitir requiebros de un no bautizado, de un judío, con perdón de ustedes. ¿Qué podía hacer mi patrón? La ha dejado a sus anchas, y él vive ahora como soltero, mientras ella anda arrastrándose por esos mundos de Dios.

—Es que él es un imbécil —dijo el viejo—. Si desde el primer día no la hubiese dejado campar por su respeto y la hubiese atado corto, viviría honradamente; ino que no! Hay que acabar con esas libertades desde el principio. No te fíes de caballo en camino real; no te fíes de la mujer en tu casa.

En este momento pasó el revisor, pidiendo los billetes para la estación próxima. El viejo le dio el suyo.

—Sí; hay que domeñar a tiempo al sexo femenino; si no, se lo llevará todo la trampa.

—Pero, vamos; ¡usted mismo nos contó cómo los hombres casados se divertían en Kunávinu! —no pude resistirme a decir,

—¡Eso es distinto! —dijo severamente el comerciante; y se quedó en silencio.

Cuando se oyó el pito del tren, se levantó, tomó su bolsa de debajo del asiento, se arrojó en el capote, saludó quitándose la gorra, y descendió al andén.

II

Apenas marchó el viejo, se generalizó la conversación. —¡He ahí un vejete del Antiguo Testamento! —exclamó el viajante.

—Es el *Domostroy*! —dijo la señora—. ¡Vaya unas ideas salvajes sobre la mujer y el matrimonio!

—Sí, señores —terció el abogado—. Todavía estamos lejos de las ideas europeas sobre el matrimonio.

—Lo esencial, y lo que no comprenden gentes como ése — interrumpió la señora—, es que sólo el amor consagra el matrimonio, y que el verdadero matrimonio es el consagrado por el amor.

El viajante escuchaba sonriente, esforzándose para retener en su memoria las frases que oía, a fin de usarlas en oportunidades futuras.

En medio del discurso de la señora, se oyó un sonido como de risa interrumpida o sollozo, y volviendo la cabeza vimos a mi vecino, el caballero canoso y solitario de los ojos brillantes. quien durante la conversación, que evidentemente le interesaba mucho, se había aproximado a nosotros sin ser notado. Estaba de pie con las manos apoyadas en el respaldo del asiento y se le veía visiblemente agitado; tenía la cara encarnada y le temblaba un músculo en la mejilla.

—Y ¿qué amor es ése... el amor... que consagra el matrimonio? — dijo con voz vacilante. Notando el estado excitado de su interlocutor, la señora trató de contestarle con la mayor dulzura y precisión:

—El verdadero amor... Cuando existe ese amor entre un hombre y una mujer, el matrimonio se hace posible —exclamó.

—Sí. Pero, ¿qué debe entenderse por verdadero amor? —insistió el hombre de los ojos brillantes, sonriendo tímidamente.

—La señora dice —intercedió el abogado— que el matrimonio debe ser ante todo resultado de un afecto, de un amor, si usted quiere; y que, cuando existe el amor, el matrimonio representa, por así decir, algo sagrado, pero sólo entonces. Dice también que todo matrimonio que no se funda en un afecto natural, en el amor, si quieren ustedes, no encierra nada que obligue moralmente. ¿Es así como hay que entenderlo? —preguntó a la señora.

La señora aprobó con un movimiento de cabeza esa aclaración de su pensamiento.

—Por consiguiente... —añadió el abogado, continuando el discurso. Pero el caballero nervioso, sin dejarle acabar, aunque haciendo grandes esfuerzos por contenerse, repitió:

—Bien, sí, señor, pero, ¿cómo ha de entenderse ese amor?

—Todo el mundo sabe lo que es el amor —dijo la señora, deseando evidentemente poner fin a la discusión.

—Pues yo no lo sé, y desearía saber cómo lo define usted.

—¿Cómo? Es muy sencillo. El amor... el amor... es la preferencia exclusiva de una persona a todas las demás.

—¿Una preferencia por cuánto tiempo? . . . ¿Por un mes, por dos días, por media hora? —arguyó el caballero canoso, y se echó a reír.

—No, dispense; usted no habla sin duda de la misma cosa.

—¡Sí; hablo absolutamente de lo mismo! De la preferencia de una persona a todas las demás... Pero, pregunto: ¿una preferencia por cuánto tiempo?

—¿Por cuánto tiempo? Por mucho, y a veces por toda la vida.

—Pero eso no se ve más que en las novelas; en la vida, jamás. En la vida, esa preferencia de uno sobre todos, rara vez dura varios años: lo más común es que sólo dure meses, cuando no semanas, días, horas. . . —añadió, sabiendo que sorprendía a todos con estas opiniones y encontrando placer en ello.

—¡Ah! ¡No, no, señor! ¡Usted perdone! —dijimos los tres a un tiempo. Hasta el viajante profirió un monosílabo de reprobación.

—¡Sí, ya sé! —dijo, gritando más que todos—. ¡Ustedes hablan de lo que se cree que existe, y yo hablo de lo que existe de hecho!

¡Cualquier hombre experimenta lo que ustedes llaman amor por toda mujer bonita!

—¡Ah! Es terrible lo que usted dice; pero el hecho es que existe entre los seres humanos ese sentimiento que se llama amor, y que dura, no meses y años, sino toda la vida.

—No, no existe. Aun admitiendo que un hombre pueda preferir a una mujer para toda la vida.. . esa mujer, según todas las probabilidades, preferirá a otro. Es lo que ha pasado, y pasará eternamente —Y sacando su cigarrera empezó a fumar.

—Pero puede también existir un amor correspondido —dijo el abogado.

—No, no puede, como no puede ser que, en un cargamento de garbanzos, dos de ellos, marcados con una señal especial, vayan a ponerse juntitos el uno al lado del otro. Sobre que no es ya una cosa problemática, sino segura, que ha de venir la saciedad por parte del uno o de la otra. La única diferencia es que vendrá en el uno más pronto y en la otra más tarde; pero eso de que “se amaron por toda la vida”, no se ve más que escrito en las novelas tontas, ni pueden creerlo más que los niños. Amar a una persona toda la vida es como si se dijera que una vela puede arder eternamente.

—Pero es que usted habla del amor físico. . . ¿No admite usted un amor basado en una conformidad de ideales, en una afinidad espiritual? —dijo la señora.

—¿Afinidad espiritual, conformidad de ideales? —repitió emitiendo ese sonido que le caracterizaba—. Pero en ese caso no hace falta hacerlos dormir juntos. (Dispensen ustedes mi rudeza).

¡Lo raro es que esa conformidad de ideales no se ve entre viejos, sino entre personitas jóvenes y agraciadas! —añadió con una sonrisa poco simpática—. Sí; yo afirmo que el amor, que el verdadero amor no consagra el matrimonio, como solemos creer, sino que, al contrario, lo destruye.

—Perdone usted —dijo el abogado—; pero los hechos contradicen sus palabras. Nosotros vemos que existe el matrimonio, que toda la humanidad, o por lo menos, la mayor parte, hace vida conyugal, y que muchos esposos acaban honradamente una larga vida de unión.

El caballero canoso rió nuevamente.

—Primero me dice usted que el matrimonio se funda en el amor; y cuando yo expongo una duda sobre la existencia de otro amor que no sea el sensual, quiere usted probarme la existencia del amor por el hecho del matrimonio. Pero ¡si en nuestros días el matrimonio no es más que una mentira!

—No, perdón —objetó el abogado—. Yo sólo digo que los matrimonios han existido y existen.

—¡Que existen! Pero, ¿por qué existen? Han existido y existen para gentes que ven en el matrimonio algo sacramental ... un sacramento que obliga ante Dios. Para éstos existen. Pero entre nosotros no hay tales gentes. Entre nosotros las gentes se casan sin ver en el matrimonio más que el acoplamiento, de ahí sólo resulta la mentira y la violencia. Cuando se trata de una mentira, se soporta fácilmente. El marido y la mujer se limitan a engañar al mundo, presentándose como monógamos cuando en realidad son polígamos. Es malo, pero, en fin, eso es llevadero. Mas cuando marido y mujer, como a menudo sucede, después de haberse comprometido a vivir juntos toda la vida se encuentran con que ya al segundo mes sienten deseos de separarse, y, sin embargo, siguen viviendo juntos, entonces sobreviene esa existencia infernal en que las víctimas se embriagan, se disparan pistoletazos, se asesinan, se envenenan —añadió con rapidez creciente, sin dejar a nadie intercalar una palabra y cada vez con más exaltación.

Todos guardaron silencio; todos se sentían molestos.

—¡Sí, sobrevienen episodios críticos como éstos en la vida marital! .. —dijo el abogado, tratando de poner fin a la conversación, que se tornaba demasiado calurosa.

—Si no me equivoco, creo que ha adivinado usted quién soy — dijo el señor canoso, muy suavemente.

—No, no he tenido ese gusto.

—El gusto no es muy grande. Yo soy Posdnichev, el mismo al que le ha sucedido el episodio crítico aludido por usted, el episodio de haber matado a su mujer —dijo echándonos una mirada a cada uno de nosotros.

Nadie encontró qué decir, y todos callaron.

—¿Qué importa, después de todo? —añadió como reprimiendo un sollozo—. Ustedes dispensen; no quiero molestarlos.

Y recobró su puesto. Yo también recobré el mío. El abogado y la señora cuchicheaban. Yo estaba sentado frente a Posdnichev. No encontraba qué decir; estaba demasiado oscuro para leer, y cerré los ojos como si

quisiera dormir. Así seguimos hasta la próxima estación.

En ella el caballero y la señora cambiaron de coche, habiéndolo arreglado de antemano con el conductor. El viajante se instaló en el banco y se durmió. Posdnichev seguía fumando y bebiendo el té que había hecho en la estación precedente. Cuando abrí los ojos y lo miré, me dirigió de pronto la palabra con decisión e irritación.

—Hablan, pero sólo mienten —dijo.

—¿A qué se refiere usted?

—Pues. . . siempre a lo mismo. A ese amor del que hablan. ¿Le es a usted desagradable estar conmigo, sabiendo quién soy? Si es así me iré.

—¡Oh! ¡De ninguna manera!

—¿No tiene usted ganas de dormir?

—Ni remotamente.

—Entonces, ¿no quiere usted té? Pero está muy cargado —Y me sirvió.

—Entonces, ¿quiere usted que le cuente cómo ese mismo amor me llevó a lo que me ha sucedido?

—Sí. Si no le es demasiado penoso.

—No. Me es penoso callar. Pero beba su té. ¿O está demasiado cargado?

En ese instante pasó el conductor. Mi interlocutor le dirigió en silencio una mirada malévola, y no dio comienzo a su relato hasta que se hubo ido.

III

—Entonces le voy a contar... Pero ¿lo desea de veras? Repetí que lo deseaba mucho. Se calló un rato, se pasó la mano sobre la cara y empezó:

—Si he de contar, tengo que contar todo desde el principio: tengo que contar cómo y por qué me casé y qué clase de hombre fui antes de casarme. Antes de casarme, vivía como viven todos, es decir, en nuestro medio. Soy terrateniente, licenciado de la universidad, y era mariscal de la nobleza. Antes de casarme viví como viven todos, es decir, en el vicio y, como todas las gentes de mi clase, viviendo en el vicio, me imaginaba que vivía como debía. De mí mismo pensaba que era una monada, que era un hombre completamente moral. No era un seductor, no tenía gustos contra la naturaleza, ni convertía el vicio en objeto principal de mi vida, como lo hacían muchos de mis coetáneos, sino que me entregaba a él con regularidad y decencia —para la salud—. Huía de las mujeres que podían atarme, dándome un hijo o cobrándome afecto. En fin, es posible que haya habido hijos y también afectos. Pero yo me las arreglaba para no enterarme. Y eso lo consideraba no sólo moral, sino que me enorgullecía de ello.

Se detuvo, emitiendo ese sonido particular como hacía sin duda cada vez que una nueva idea acababa de ocurrírsele.

—Y ¡ésta es la vileza principal! —exclamó—. Pues la relación no consiste solamente en hechos físicos; ninguna ignominia física constituye la relajación por sí sola, sino que el verdadero libertinaje está en emanciparse de todo lazo moral respecto de una mujer con quien se tienen relaciones carnales, y ¡yo miraba como un mérito *esa emancipación!* Recuerdo que una vez pasé grandes torturas por haberme olvidado de pagar a una mujer que probablemente se entregó a mí por amor. No me quedé tranquilo hasta mandarle el dinero, demostrándole así que no me consideraba moralmente obligado para con ella. No mueva usted la cabeza como si estuviese de acuerdo conmigo —exclamó de pronto, vehementemente—, ya conozco ese truco. Todos nosotros, y también usted, a no ser que constituya usted la excepción, tenemos las mismas ideas que yo tenía entonces. Pero lo mismo da; usted dispense —continuó—; la verdad es que es espantoso, espantoso, espantoso.

—¿Qué es espantoso? —pregunté.

—Este abismo de errores en que vivimos frente a la mujer y a nuestras relaciones con ella. Sí, me es imposible hablar de esto con calma y no porque me haya sucedido ese *episodio*, como decía el abogado, sino porque desde que me sucedió aquello, se me abrieron los ojos y vi todo con una luz completamente nueva.

¡Todo es al revés, al revés!

Encendió un cigarrillo, y apoyándose en sus rodillas empezó a hablar.

En la oscuridad no veía su cara, sólo oía, en el estruendo del tren, su voz grave y agradable.

IV

—Sí, señor, sólo después de haber sufrido como sufrí yo, sólo gracias a ello, comprendí donde está la raíz de todo, comprendí lo que debe ser, y por eso vi todo el horror de lo que existía en realidad. Así, pues, he aquí cómo y en qué momento empezó lo que dio origen a esta historia. Empezó cuando aún no tenía dieciséis años. Sucedió cuando todavía estaba en el colegio y mi hermano mayor era estudiante de primer año en la universidad. Yo no andaba aún en relaciones con mujeres, pero no era ya inocente, como ocurre con todos los

infelices niños de nuestra sociedad; hacía más de un año que me habían pervertido los mozalbetes, y que me torturaba la idea de la mujer, no de alguna mujer en particular, sino la idea de la mujer en general, juzgada como algo deleitable, la idea de la desnudez de la mujer. Mi soledad no era ya pura. Vivía en un suplicio, como el noventa y nueve por ciento de nuestros muchachos. Vivía en el espanto, sufría, oraba a Dios, pero caía. Estaba ya pervertido en imaginación y en realidad, pero me faltaba dar el último paso. Me perdía solitariamente, mas sin haber puesto las manos todavía en otro ser humano. Y he aquí que un amigo de mi hermano, un estudiante muy alegre de esos a quienes llaman mozos vivos, es decir, uno de los mayores bribones, que nos había enseñado a beber y a jugar a las cartas, se aprovechó de una noche de embriaguez para arrastrarnos “allí”. Fuimos. Mi hermano también era aún inocente, y cayó esa misma noche. Y yo, un monigote de quince años, me manché y contribuí al envilecimiento de la mujer, sin comprender lo que hacía. Jamás había oído a alguien entre mis mayores que lo que hacía estaba mal. Verdad es que se dice en u u mandamiento, pero los mandamientos no son más que para recitarse al cura durante los exámenes, y aún así no son muy necesarios. mucho menos que el mandamiento sobre el uso del *ut* en las proposiciones condicionales.

“De modo que yo no he oído nunca a los mayores, cuya opinión estimaba, que aquello fuese reprensible. Al contrario, oía de personas a quienes respetaba que eso estaba bien, que después de ese acto se calmarían mis luchas y mis sufrimientos; esto lo he oído y lo he leído; he oído a las personas mayores que era excelente para la salud; y de mis amigos que en eso radicaba no sé qué mérito y qué valentía. Así, pues, no se preveía nada que no fuese bueno. ¿El peligro de la enfermedad? Pero eso también está previsto. Un gobierno solícito se ha encargado de esto. Él es quien rige la marcha regular de las casas públicas, y asegura la corrupción de los colegiales. Y los médicos retribuidos la controlan. Así debe ser. Afirman que el libertinaje es provechoso para la salud, e instituyen una corrupción regular. Madres conozco yo que cuidan de la salud de sus hijos en este sentido. Y ¡la ciencia misma los envía a los lupanares!”

—Pero ¿por qué dice usted la ciencia? —pregunté.

—Pues ¿qué son los médicos? Pontífices de la ciencia. ¿Quién pervierte a los jóvenes afirmando que eso es necesario para la salud? Ellos. Y luego asumen un aire importante para curar la sífilis.

—Pero, ¿por qué no curarla?

—Porque si una centésima parte de los esfuerzos que se gastan en curar la sífilis se emplease en extirpar el vicio, haría mucho tiempo que esta enfermedad no existiría. Mientras que ahora todos los esfuerzos se consumen, no en extirpar el vicio, sino en fomentarlo, asegurando su inmunidad. Pero, en fin, no se trata de eso. Se trata de que yo, como las nueve décimas, cuando más, no sólo de los hombres de nuestra clase, sino de todas las clases, incluso los aldeanos, he pasado por el trance tremendo de caer, y no porque me subyugase la seducción natural de una mujer determinada. No, ninguna mujer me sedujo; caí, porque en el medio en que me encontraba algunos sólo veían en el hecho de la caída una función legítima y útil para la salud, y los otros el modo de divertirse más natural, excusable, y hasta inocente para un joven. Yo no comprendía que aquello fuese una caída, y empecé a entregarme a esos placeres (parte deseo y parte necesidad) que me hacían creer característicos de mis años, de la misma manera que empecé a fumar y a beber. Y, a pesar de todo, había en esa primera caída algo singular y conmovedor. Me acuerdo de que allí mismo, sin salir del cuarto, me invadió al punto una tristeza tan profunda, que me daban ganas de llorar. ¡De llorar la pérdida de mi inocencia, la destrucción, para siempre, de mis relaciones con la mujer! Sí; mis relaciones naturales, sencillas, con la mujer, quedaban destruidas para siempre. Yo no podía tener relaciones puras de allí en adelante. Me había trocado en lo que se llama un voluptuoso. Ser un voluptuoso es un estado físico semejante al del morfinómano, del borracho y del fumador. Así como el morfinómano, el borracho y el fumador no son ya hombres normales, de igual manera el que ha conocido varias mujeres para su placer, no es ya tampoco un hombre normal, sino un pervertido para siempre, un voluptuoso. Y así como cabe conocer al borracho y al morfinómano por la fisonomía y las maneras, así también cabe conocer al voluptuoso. Éste puede contenerse, puede luchar; pero no volverá a tener nunca con las mujeres relaciones sencillas, puras, fraternales. En su manera de mirar a una joven en seguida se puede conocer al voluptuoso, y lo he sido siempre, y eso es lo que me perdió.

V

—¡Sí, como lo digo! Y ¡el mal fue en aumento con toda especie de agravantes! ¡Dios mío! ¡Me espanta recordar todas mis vilezas en ese sentido! Y esto es lo que pienso de mí, que todavía era objeto de burlas por mi inocencia, en aquella época. Pero ¡las cosas que se oyen contar de la juventud dorada, de los oficiales, de los parisienses! Y todos estos señores, y uno mismo, calaveras de treinta años, que tenemos sobre la conciencia centenares de crímenes tan terribles y variados respecto de las mujeres, entramos ufanos en un salón o un baile, bien lavados, afeitados y perfumados, con camisa blanquísima, con frac o uniforme, que son emblemas de pureza. ¡Ah, es extraordinario! Fíjese usted en lo que deberían ser las cosas y en lo que son. Debería suceder que cuando en una reunión se aproxima a mi hermana o a mi hija un caballero de esta clase, me acercara a él, lo tomara aparte, y le dijera en voz baja: “Amigo, yo sé cómo vives, cómo te pasas las noches, y con quién. Tu lugar no es aquí. Aquí hay jóvenes puras e inocentes. ¡Vete!” Así debía ser; pero lo que realmente sucede es que

cuando aparece un tal señor y baila, abrazándola, con mi hermana o mi hija, nos alegramos si es que es rico y bien relacionado. Quizá se dignará aceptar a mi hija después de la Rigolboche. Aun si le quedan restos de enfermedad, no importa, pues ahora saben curar bien. Sí, conozco varias jóvenes de la alta sociedad cuyos padres las casaron con hombres que padecían de cierta enfermedad. ¡Oh vileza! ¡Sí! ¡Que llegue de una vez el tiempo en que toda esa vileza y mentira sean denunciadas!

Emitió varias veces su extraño resoplido y tomó su té. El té estaba terriblemente cargado y no había agua para diluirlo. Yo sentía que los dos vasos bebidos por mí me excitaban mucho. Probablemente a él también le había afectado el té, porque se ponía cada vez más agitado. Su voz se hacía más cantante y expresiva. A cada momento cambiaba de actitud, se quitaba el sombrero, se lo ponía, y su cara se alteraba extrañamente en la semioscuridad en que nos hallábamos.

—Así, pues, viví hasta los treinta años, sin abandonar un minuto el propósito de casarme y de labrarme una vida conyugal pura y elevada, a cuyo efecto observaba a las jóvenes que podían convenirme. ¡Yo estaba metido hasta el cuello en la podredumbre del vicio, y al propio tiempo buscaba vírgenes cuya pureza fuese digna de mí! ¡Deseché muchas de ellas precisamente porque no me parecieron bastante puras! Por fin encontré la que pareció hallarse a mi nivel. Era una de las dos hijas de un hacendado de Penza, muy rico en otro tiempo, ahora arruinado. Una noche, después de un paseo en bote, cuando regresábamos a la luz de la luna y yo estaba sentado junto a ella admirando sus rizos y su cuerpo esbelto moldeado por el *jersey*, resolví de pronto que ella era mi elegida. Aquella hermosa noche me pareció que ella comprendía todo lo que yo pensaba y sentía. Y ¡yo pensaba y sentía las cosas más elevadas! Pero en el fondo de la noche no había más que el *jersey*, que, le sentaba muy bien, y los rizos de sus cabellos; y el hecho de que yo había pasado todo el día a su lado, y quería una aproximación más íntima. ¡Qué cosa rara, esta ilusión de que la belleza es el bien! Una bella mujer dice tonterías y uno la escucha, pero no oye tonterías, sino cosas inteligentes. Ella dice, hace ignominias, y uno sólo ve algo encantador. Pero cuando no dice ni tonterías ni ignominias y es bella, en seguida uno se persuade que es una maravilla de inteligencia y de moralidad. Llegué entusiasmado a mi casa, convencido de que aquella joven realizaba la más alta perfección moral y que, por eso mismo, era digna de ser mi mujer; y al día siguiente se lo propuse.

... ¡Qué embrollo! De mil hombres que se casan, no sólo entre nosotros, sino desgraciadamente, también entre la gente del pueblo, apenas se encontrará uno que no se haya casado antes diez veces, o cien o mil como Don Juan. Es verdad que ahora hay, según dicen y según observo, jóvenes puros que se penetran de que el caso no es asunto de juego, sino una cosa seria. ¡Que Dios los ayude! Pero en mi tiempo, no se daba uno semejante entre diez mil. Y todos lo saben, y fingen no saberlo. En todas las novelas se describen *ce* por *be* los sentimientos de los personajes, los lagos, los sotos por donde caminan; pero describiendo su gran amor por alguna joven no se dice ni una palabra sobre lo que fue antes él, el simpático héroe; no se dice una palabra sobre las visitas a los lenocinios, sobre las criadas, las cocineras y las mujeres del prójimo. Y si hay novelas tan inconvenientes, no se ponen en manos de las jóvenes, las que justamente deberían saber todo esto mejor que nadie. En presencia de las vírgenes, primero se afecta creer que no existe del todo esta corrupción que llena la mitad de la vida de nuestras ciudades y hasta de nuestras aldeas. Y tan bien lo fingen, que casi llegan a convencerse a sí mismos de que somos todos gente moral y que vivimos en el mundo moral. En cuanto a las pobres jóvenes, ellas lo creen muy en serio. Así lo creía mi desgraciada mujer.

“Me acuerdo de que, siendo ya su prometido, le enseñé mis “memorias”, donde podía enterarse a medias de mi pasado, y especialmente de mi último enredo, que hubiese podido descubrir por otros y que precisamente por esto me creí en el caso de comunicarle. Todavía veo su terror, su desesperación, su extravío, al saberlo y comprenderlo. Estuvo a punto de romper. ¡Ah!, ¡por qué no lo hizo!” Emitió su peculiar resoplido, tomó un trago de té y calló un rato.

VI

—Pero ¡ino! —continuó—. ¡Más vale que haya sido así, vale más!

¡Yo me lo tenía merecido! En fin, ahora poco importa. Yo quería decir que las pobres muchachas son las únicas engañadas. En cuanto a las madres, lo saben perfectamente, en especial las madres instruidas por sus maridos. Y fingiendo creer en la pureza de los hombres, en realidad obran de manera muy distinta. Saben cómo hacer tragar el anzuelo a los hombres tanto para sí como para sus hijas. Sólo nosotros, los hombres, no sabemos —y no sabemos porque no queremos saber—, que el amor más noble, el más poético, como decimos, depende, no de las prendas morales, sino de la intimidad tísica, y también de la manera de peinarse, y del color y hechura del vestido. Pregúntese a una coqueta experta que proyecta seducir a un hombre, qué preferiría: si quedar convicta de falsía, de perversidad, de crueldad, incluso de vicio, en presencia del hombre al que desea seducir, o presentarse delante de él con un vestido mal hecho o feo, y siempre preferirá lo primero. Sabe muy bien que nosotros no hacemos más que mentir al hablar de la elevación de nuestros sentimientos, que no buscamos más que la posesión de su cuerpo, y que por esa causa le perdonamos todas sus ignominias y no le perdonaremos un traje de mal gusto y de mal corte. La coqueta sabe todo eso reflexivamente, mientras que la joven inocente lo sabe inconscientemente, por instinto, como los animales. De ahí esos abominables *jerseys*,

esas protuberancias de hombros, de brazos y casi de pechos. Las mujeres, y en particular las que han pasado por la escuela de los hombres, saben perfectamente que las conversaciones sobre asuntos elevados no son más que conversaciones; que lo que el hombre busca es el cuerpo y todo lo que lo presenta bajo la luz más falaz, pero al mismo tiempo más atrayente —y eso mismo es lo que se hace—. Si dejamos a un lado la costumbre de esta ignominia que se ha convertido entre nosotros en segunda naturaleza, y miramos la vida de nuestras clases superiores e inferiores tal como es, con todo su impudor, resulta que es una vasta casa pública. ¿No es usted de esa opinión? Pues permítame, que voy a demostrarlo —dijo anticipándose a cualquier objeción de mi parte—. Ustedes afirman que las mujeres de nuestra sociedad tienen intereses distintos a los de las mujeres de las casas de lenocinio. Yo digo que no, y voy a probárselo. Si los seres difieren entre sí según el objeto de su vida, según su *vida interior*, eso debería reflejarse también en su *exterior*, y su exterior será diferente. Pues bien; compare usted a las miserables, a las menospreciadas, con las mujeres de la más alta sociedad; el mismo vestir, las mismas modas, los mismos perfumes, la misma desnudez de brazos, de hombros y de pecho, el mismo polisón, la misma pasión por las piedras preciosas, por los objetos brillantes y muy caros, las mismas diversiones, bailes, músicas y cantos. Las primeras atraen por todos los medios; las segundas también.

¡Ninguna diferencia, ninguna! En severa lógica, lo que hay que decir es que las prostitutas a corto plazo son generalmente menospreciadas, y las prostitutas a largo plazo, estimadas.

VII

—Pues bien. Esos *jerseys*, esos rizos y esos polisones me atraparon. Y era sencillísimo atraparme, puesto que me había criado en las condiciones artificiales en las que, como pepinos en invernaderos, se crían jóvenes listos para enamorarse. Nuestra alimentación excitante y demasiado abundante, junto con la ociosidad física más completa, no es otra cosa que la incitación sistemática a la concupiscencia. Que se asombre usted o no, es así. Yo mismo hasta los últimos tiempos no veía nada. Pero ahora lo he visto. Por eso me atormenta que nadie lo sepa y que la gente diga tonterías como aquella señora. No lejos de mí finca trabajaban en la primavera unos aldeanos en un terraplén del ferrocarril. La alimentación ordinaria del aldeano es pan, *kvass*² y cebollas. Con esa comida vive, anda ágil, y hace los trabajos livianos del campo. Cuando va a trabajar en el ferrocarril, su ración se transforma en *casha*³, con una libra de carne. Sólo que restituye esa libra en un trabajo de dieciséis horas, moviendo una carreta de mil doscientas libras. Pero nosotros, que comemos dos libras de carne y caza; nosotros, que tomamos toda clase de bebidas y de alimentos excitantes, ¿cómo gastamos todo eso? En excesos sensuales. Cuando está abierta la válvula salvadora, todo marcha bien; pero ciérrase, como yo la había cerrado temporalmente, y en seguida vendrá una excitación, que, deformada por el prisma de nuestra vida artificial, resultará en el enamoramiento más puro —a veces hasta platónico—. Y yo me enamoré como todos se enamoran: transportes, ternezas, poesía. Pero, en el fondo, todo ese amor mío venía por un lado preparado por la mamá y las costureras, y por el otro por el exceso de alimentación junto a una vida ociosa. Si no hubiese habido paseos en bote, vestidos bien tallados, etc., etc.; si mi mujer hubiese ido metida en un saco informe, y se hubiese quedado en casa, y si además hubiese sido yo un hombre normal que absorbiera los alimentos precisos para su trabajo, y si hubiese tenido la válvula salvadora abierta —por casualidad en aquel momento estaba cerrada— no me habría enamorado y no habría sucedido nada.

VIII

—Todo coincidió: mi estado físico y el bello vestido; y el paseo en bote dio resultado. Veinte veces había fracasado y he aquí que resultó. Fue algo como una trampa. No estoy riéndome. Pues ahora los matrimonios se arreglan exactamente como trampas.

¿Qué cosa debería ser más natural? La muchacha es casadera; pues es preciso casarla. ¿Hay nada más sencillo, si la chica no es un monstruo, y si existen hombres que deseen casarse? Y así se hacía antaño. ¿Es casadera la joven? Pues los padres arreglaban el matrimonio. Eso se hacía, y eso se hace aún en toda la humanidad; lo practican los chinos, lo practican los indios, los musulmanes, y entre nosotros la gente sencilla. Así hace todo el género humano, por lo menos el noventa y nueve por ciento. Solamente el uno por ciento restante, o menos, nosotros, los libertinos, somos los que hemos descubierto que tal moda es mala, y hemos inventado otra cosa. Y ¿qué otra cosa? Que las jóvenes estén sentadas, y que los caballeros se paseen como en un bazar, y hagan su elección. Las doncellas esperan, y dicen para sus adentros, aunque no se atrevan a decirlo fuerte: “Escógeme a mí; a mí, y no a ésa. . . ¡Mira qué hombros! ¡Mira qué todo!” Nosotros, los varones, nos paseamos muy satisfechos, apreciando la mercancía con la mirada. “Lo sé todo y no me dejaré atrapar”. Se pasean, miran, muy satisfechos de que todo esto haya sido arreglado para ellos. Pero al menor descuido, helo cogido.

—¿Qué hacer, pues? —le pregunté—. ¿Ha de ser la mujer la que formule proposiciones?

—¡Yo no sé nada! Pero, si se trata de igualdad, que sea completa. Si se estima humillante que se contraigan

matrimonios por intermedio de casamenteras, es, sin embargo, mil veces preferible. De aquel modo, los derechos y los azares son iguales; del nuestro, la mujer es o una esclava expuesta en el mercado o el cebo en la trampa. Vaya usted a decirle a una madre o a su hija que no se preocupan más que de la caza del marido. ¡Qué ofensa!

¡Dios mío! Sin embargo, no hacen otra cosa, ni tienen otra cosa que hacer. Y lo terrible es ver ocupadas exclusivamente por esto a las pobres muchachas inocentes. ¡Si al menos, repito, se hiciese con franqueza! Pero no se oyen más que mentiras:

“—¡Ah!, ¡el origen de las especies!..., ¡qué interesante! “—¡Oh, mi Lili se interesa mucho por la pintura! “—¿Irá usted a la Exposición? ¡Qué instructivo!

“—Y las *troïkas*⁴, y los teatros... y la sinfonía. ¡Ah! ¡Qué delicioso!

“—¡Mi Lili enloquece por la música! “—Y usted, ¿cómo no participa de estas convicciones? ¡Y los paseos en bote!

“Mientras, no tienen más que un solo pensamiento: ¡Toma. tóname a mí!, ¡a mi Lili! ¡No, a mí! ¡Prueba, por lo menos!”

¡Oh vileza, oh mentira! —concluyó, y habiendo terminado su té, se puso a ordenar las tazas y la vajilla.

IX

—¿Se ha hecho usted cargo de que sólo de esto dimana ese poder de las mujeres, bajo el cual padece el mundo?

—¿Cómo, el poder de las mujeres? —dije yo—. ¡Si los derechos están principalmente del lado de los hombres!

—¡Si, sí, eso precisamente! —me interrumpió—. Eso es lo que yo quiero decir, y lo que explica el fenómeno extraordinario de que por un lado la mujer se vea reducida al último grado de humillación, y que por otro que impere. Así como los judíos con el poder del dinero se vengan de su servidumbre, así hacen las mujeres. “¡Ah! ¿Queréis que no seamos más que mercaderes? Como mercaderes, nos haremos dueños de vosotros”, dicen los judíos. “¡Ah! ¿Queréis que no seamos más que objetos de sensualidad? Muy bien. Mediante la sensualidad, os doblegaremos bajo nuestro yugo”, dicen las mujeres. La falta de derechos de la mujer no consiste en no poder votar o ser juez. Cosas que tampoco constituyen un derecho, sino en que no es igual al hombre en sus relaciones sexuales, en que no tiene el derecho de usar del hombre y abstenerse de él, el derecho de elegirlo, en vez de ser elegida. Dice usted que eso sería abominable. ¡Bueno! Entonces que tampoco el hombre tenga esos derechos. Pero el caso es que ahora la mujer está privada de este derecho que tiene el hombre. Y entonces, para compensar esta falta de derecho, actúa sobre la sensualidad del hombre, lo subyuga por la sensualidad, de modo que él sólo elige *formalmente*, pero en realidad quien elige es la mujer. Una vez en posesión de sus recursos, abusa de ellos y adquiere un poder terrible.

—Pero, ¿en dónde ve usted ese poder excepcional?

—¿En dónde? Pues en lo que quiera, en todo. Visite usted las tiendas de una gran ciudad. Allí hay millones y millones; allí es imposible estimar la enorme suma de trabajo que se consume. ¿Hay algo para uso de los hombres en las nueve décimas partes de esas tiendas? Todo el lujo de la vida es exigido y sostenido por la mujer. Examine usted las fábricas. La mayoría producen adornos inútiles: coches, muebles, juguetes para la mujer. Millones de hombres, generaciones de esclavos, mueren destrozados por aquellos trabajos forzados, tan sólo por los caprichos de las mujeres. Las mujeres, a modo de soberanas, guardan como esclavos sujetos a un duro trabajo a las nueve décimas partes del género humano. Y todo porque se las ha humillado, privándolas de derechos iguales a los nuestros. Y entonces se vengan explotando nuestra sensualidad y atrapándonos en sus redes. Sí, a eso se reduce todo. Las mujeres se han transformado a sí mismas en un arma tal para dominar los sentidos, que un hombre ya no puede permanecer sereno en su presencia. En el momento en que un hombre se acerca a la mujer, inmediatamente queda bajo el influjo de ese opio y pierde la cabeza. Desde hace mucho me sentía yo desasosegado cuando veía una señora bien aderezada, en traje de baile, pero ahora esa vista me causa pura y simplemente terror. Veo algo peligroso para los hombres, algo contrario a las leyes, y me dan tentaciones de llamar a un guardia, de pedir protección contra el peligro, de reclamar que se quite de en medio aquel objeto peligroso. Usted se ríe —me gritó—, pero el asunto no tiene nada de gracioso. Estoy seguro que ha de venir un día —y quizá no esté lejos— en que se asombrará la gente de que haya podido existir una sociedad donde se permitan hechos tan atentatorios contra la tranquilidad pública como el de adornarse el cuerpo de la manera que se les permite a las mujeres para provocar la sensualidad de los hombres. Es lo mismo que poner trampas a lo largo de las vías públicas o en los paseos. ¡No!, es peor. ¿Por qué se prohíben los juegos de azar y no se prohíben las mujeres especialmente ataviadas para excitar a los hombres? Son mil veces más peligrosas.

X

—He ahí, pues, cómo me atraparon. Yo estaba lo que se llama enamorado. No sólo me parecía ella el colmo

de la perfección, sino que me consideraba a mí mismo durante el noviazgo como el colmo de la perfección. Pues no hay en el mundo un malvado que no pueda encontrar otros malvados más viles que él en algún sentido y, por consecuencia, encontrar razones para enorgullecerse y sentirse satisfecho. En este caso estaba yo. No me casé por el dinero: el interés no entró por nada en ese asunto; no hice como la mayoría de mis conocidos, que se han casado por el dinero o por emparentar con ciertas familias. En primer lugar, yo era rico y ella pobre. Otra cosa de la que me enorgullecía era mi firme intención de vivir como monógamo después de la boda, cuando los demás se casaban pensando continuar la vida polígama que habían llevado antes de casarse. Y mi orgullo de esto no tenía límites. Sí, era yo un verdadero cochino, pero me imaginaba un ángel. Mi época de novio no fue larga. No puedo acordarme sin vergüenza de ese período. ¡Qué abominación! Quedamos, pues, en que el amor es un sentimiento espiritual y no sensual. Entonces, si el amor es algo espiritual, tal comunidad de espíritu deberá expresarse en palabras, en las conversaciones. Nada de eso. Nos era sumamente difícil hablar a solas. ¡Qué trabajo de Sísifo! Apenas discurríamos algo que decir, y nos comunicábamos, vuelta a callar y a ponerse en busca de asuntos nuevos. No teníamos nada que decirnos. Cuanto pudiéramos decir sobre la vida que nos esperaba, sobre nuestra casa y nuestros planes, todo estaba dicho. ¿Y ahora qué? De ser animales, hubiésemos sabido que no teníamos que hablarnos; pero, entre nosotros, era forzoso hablar, sin ocurrirnos de qué, porque lo que nos embargaba a los dos no era cosa que se resolviese en palabras. ¡Y, por remate de cuentas, esa costumbre estúpida de comer golosinas, esa glotonería brutal de los dulces, esos abominables preparativos de boda, esas discusiones sobre la casa, las alcobas, las camas, los peinadores, las batas, la ropa blanca, los vestidos! Comprende usted que para el que se casa, según el *Domostroy*, como decía ese viejo, ¡claro!, almohadones de pluma, ajuar, camas, todas esas cosas son pormenores que acompañan el sacramento. Mas entre nosotros, cuando de cada diez que se casan, a duras penas se encuentra uno que crea, no digo yo en el sacramento, sino simplemente que el matrimonio presenta cierta obligación, cuando entre cien hombres apenas hay uno que no se haya casado antes, y apenas uno entre cincuenta que no esté decidido a engañar a su mujer en cada oportunidad, cuando la mayoría mira ese viaje a la iglesia como una condición necesaria para poseer cierta mujer: ¡considere usted la significación horrible que adquieren desde entonces esos pormenores! Resulta que todo el asunto se reduce sólo a esto. Que todo es algo así como una venta. A un libertino se le vende una joven inocente, rodeando la venta de ciertas formalidades.

XI

—Así se casan todos, y yo me casé así, y empezó la famosa luna de miel. El nombre sólo, ¡qué asqueroso es! —silbó Posdnichev con cólera—. Un día estaba yo por París visitando los espectáculos de feria, y entré en uno, seducido por la muestra, para ver una mujer barbada y un perro marino. Resultó que la mujer no era más que un hombre en traje escotado, y el can un perro común que nadaba en un baño, vestido de una piel de foca. No había, pues, nada de interés; pero el exhibidor me acompañó a la salida muy cortésmente, y se dirigió al público aglomerado a la puerta, apelando a mi testimonio. “Pregunten ustedes al señor si vale la pena de verse... ¡Pasen ustedes, pasen; un franco por persona!” Y me dio vergüenza responder que no valía la pena ver el espectáculo y es probable que el dueño contaba con ello. Eso mismo debe ocurrir con las personas que han experimentado todas las abominaciones de la luna de miel y no desilusionan a los demás. Yo tampoco desilusioné a nadie, pero ahora no veo por qué callar la verdad. Hasta creo que es imprescindible decir la verdad sobre esto. Es molesto, vergonzoso, repugnante, lastimoso, y, sobre todo, aburrido. Es algo así como lo que experimenté cuando empecé a fumar; ganas de vomitar, babeaba y me tragaba la saliva, fingiendo sentir placer. El placer de fumar, como el placer amoroso, si llegan a sentirse, es después; hace falta que los esposos logren la educación de ese vicio para que sientan un goce en él.

—¿Cómo, *vicio*? —dije—. ¡Pues si está usted hablando de una de las cosas más naturales!

—¡Naturales! —exclamó—. ¿Naturales? No, le diré, al contrario, que llegué a la conclusión de que es innatural. Sí, completamente innatural. Pregunte a un niño; pregunte a una joven no corrompida. Mi hermana se casó muy joven con un hombre que tenía el doble de su edad, y que era profundamente corrompido. Me acuerdo de nuestra sorpresa la noche de bodas, cuando la vimos pálida y bañada en lágrimas, huir de él, temblando con todo su cuerpo y diciendo que por nada del mundo podía siquiera decir lo que aquel hombre quería de ella. ¡Y usted dice natural! Natural es comer. Comer es alegre, fácil, y no vergonzoso, desde el principio; ¡pero eso es repugnante, da vergüenza, causa dolor! No.

¡Que ha de ser natural! Me he convencido de que a una muchacha no corrompida le inspira siempre horror.

—Pero ¿cómo se propaga el género humano? —dije yo.

—¡Ah, sí!, que no vaya a desaparecer el género humano —dijo con cólera e ironía, como si hubiera esperado esta objeción harta conocida y de mala fe—. Si uno predica la abstinencia de la procreación para que los lores ingleses siempre puedan atracarse a sus anchas, está bien. Si uno predica la abstinencia de la procreación para tener más placeres, está bien; pero si uno se atreve a decir una sola palabra aconsejando la abstinencia de procreación en nombre de la moral, ¡Dios mío, qué gritos! El género humano se siente en peligro porque unos cuantos hombres quieren cesar de ser puercos. Pero, discúlpeme. Me molesta esta luz, ¿puedo tapparla? —dijo, indicando el farol. Contesté que me era igual y entonces subió en el banco, apresuradamente como todo lo que

hacía, y bajó la cortina de lana del farol.

—Sin embargo —dije yo—, si todos tomaran esto por ley, el género humano dejaría de existir. Demoró en contestar.

—¿Usted pregunta cómo se perpetuaría el género humano? —dijo, sentándose otra vez frente a mí, las piernas muy separadas y apoyándose los codos en las rodillas—. Pero, ¿para qué ha de perpetuarse el género humano?

—¿Cómo, para qué? Porque de otro modo no existiríamos.

—¿Y para qué tenemos que existir?

—¿Para qué? Para vivir.

—¿Y por qué vivir? Si no hay ningún fin, si la vida nos ha sido dada por sí misma, no hay para qué vivir. Y si es así, entonces los Schopenhauer, y los Hartmann, y también todos los budistas tienen completamente razón. Pero si la vida tiene un objeto, es claro que debe cesar una vez alcanzado este objeto. Y así sucede

—Hablaba con agitación y se veía que estaba muy apegado a su pensamiento—. Y así sucede. Observe usted: si el fin de la humanidad es el bien, la felicidad, el amor —como quiera—, si el fin de la humanidad es lo que dice la profecía: que todos los hombres han de unirse en el amor, que las lanzas serán fundidas para hacer guadañas, etc., entonces ¿qué es lo que impide alcanzar este fin? Lo impiden las pasiones. Entre las pasiones, la más fuerte, mala y obstinada es el amor sexual, carnal, y por eso si se aniquilan las pasiones y la última entre ellas, la más fuerte, el amor carnal, entonces se cumplirá la profecía, los hombres se unirán, el fin de la humanidad habrá sido alcanzado y no tendrá ya para qué vivir. Pero mientras la humanidad exista, tendrá delante de sí un ideal y, desde luego, no el ideal de los conejos o los chanchos, de multiplicarse lo más posible, ni tampoco el de los monos o de los parisenses de disfrutar con todo refinamiento de los placeres de la pasión sexual, sino el ideal del bien que se alcanza por la abstinencia y la pureza. Es a este ideal que han aspirado siempre los hombres y al que siguen aspirando. Pero fíjese usted en las consecuencias. Resulta que el amor sexual es una válvula de seguridad. Si la generación que vive actualmente no ha alcanzado el objeto final de la humanidad, es únicamente porque tiene pasiones, y la más fuerte de ellas: la pasión sexual. Pero si pasión sexual, nace una nueva generación, es decir, que aparece una nueva posibilidad de alcanzar este fin. Si no lo alcanza la nueva generación, viene otra más y así hasta que se alcance el fin y se cumpla la profecía de la unión de los seres humanos. De no ser así, ¿qué es lo que sucedería? Si admitimos que Dios ha creado a los hombres para que alcancen un objeto definido, los habría creado o mortales sin pasión sexual, o eternos. Si fuesen mortales, pero sin la pasión sexual, ¿qué es lo que sucedería? Vivirían y, sin haber alcanzado el fin, morirían, y para alcanzar el fin Dios hubiera tenido que crear a nuevos hombres. Si, al contrario, hubieran sido eternos, supongamos (aunque es más difícil a los mismos hombres y no a generaciones nuevas corregir sus errores y aproximarse a la perfección), supongamos que alcanzaran el fin después de muchos miles de años; pero entonces, ¿para qué seguirían viviendo? Y ¿qué hacer con ellos? No, lo mejor es justamente que las cosas sean como son. Pero tal vez no le gusta esta forma de expresar mi pensamiento.

¿Tal vez es usted un evolucionista? Pero aun así resulta lo mismo. La especie superior de animales —la raza humana—, para mantenerse en su lucha contra los demás animales, debe unirse, como lo hacen las abejas, y no proliferar *ad infinitum*; debe, igual como las abejas, producir seres asexuales, es decir, que debe aspirar otra vez a la abstinencia, pero de ninguna manera a esa exasperación de la lubricidad, a la que tiende toda la estructura de nuestra vida. —Calló un rato—. ¡El género humano desaparecerá! Pero ¿es posible que exista alguien, cualquiera que sea su modo de encarar la vida, que pueda dudar de esto? ¡Si esto es tan indudable como la muerte misma! Todas las religiones enseñan que debe venir la muerte y todas las deducciones científicas también demuestran que es inevitable. Entonces, ¿qué hay de temible si la enseñanza moral llega al mismo resultado?

Se calló largo rato después de esto, terminó de fumar su cigarrillo y sacó nuevos de su bolsa, colocándolos en su vieja cigarrera manchada.

—Comprendo su idea —dije—, los *shakers* afirman algo semejante.

—Sí, sí, y tienen razón —dijo—. La pasión sexual, bajo cualquier forma, es un mal terrible, contra el cual hay que luchar y no fomentarlo como sucede entre nosotros. Las palabras del Evangelio de que toda persona que mire una mujer con deseo ya comete el adulterio con ella, no se refieren únicamente a las mujeres de otros, sino justamente y en primer lugar a su propia mujer.

XII

—Pero en nuestro mundo sucede exactamente lo contrario: si es que algún hombre, de célibe, ha pensado en la abstinencia, casándose, cada uno estima que ahora ya no hace falta ninguna abstinencia. Estos viajes después de boda, la soledad que buscan los recién casados con la autorización de los padres, ¿qué son sino la autorización a la depravación? Pero la ley moral se venga cada vez que se la viola. Por más que me esforcé en arreglarme una luna de miel, no lo conseguí. Todo el tiempo sentía asco, vergüenza y aburrimiento. Empezó muy pronto. Creo que en el tercero o cuarto día encontré a mi mujer deprimida y le pregunté la razón, empecé a

abrazarla, que era, en mi sentir, cuanto ella podía desear; pero apartó mi mano y se echó a llorar. ¿Por qué? No supo decírmelo. Estaba triste y angustiada. Probablemente sus nervios torturados le habían sugerido la verdad sobre la ignominia de nuestras relaciones, pero no sabía decirlo. Seguí apurándola a preguntas, y entonces me respondió que echaba de menos a su madre. Me pareció que no decía la verdad. Traté de consolarla, guardando silencio sobre su madre. No comprendí que estaba simplemente deprimida y que su madre no era más que un pretexto. Pero ella en seguida se ofendió porque no había mencionado a su madre, como si no la hubiese creído. Me dijo que veía que no la quería. Entonces la tildé de caprichosa y de pronto su rostro cambió: en vez de tristeza expresó irritación y empezó a reprocharme, en palabras punzantes, mi egoísmo y crueldad. La miré. Todo su semblante expresaba la más completa frialdad y hostilidad, casi odio hacia mí. Me acuerdo cómo me espanté al verlo. “¡Cómo! ¡Qué! —pensaba yo—. ¡El amor es la unión de las almas y en vez de ello resulta estol Pero ino puede ser, no es ella!” Procuré calmarla, pero golpeé contra un muro tan infranqueable de hostilidad y frialdad que, sin reflexionar, me dejé arrastrar también yo a una viva irritación y nos dijimos un montón de cosas desagradables. La impresión de este primer altercado fue terrible. Lo llamo altercado, pero no fue un altercado, sino que era el descubrimiento del abismo que en realidad había entre nosotros. El amor se había agotado con la satisfacción de la sensualidad, y nos veíamos frente a frente en nuestra verdadera situación, como dos egoístas completamente extraños el uno para el otro, que tratan de procurarse mutuamente el máximo de goces. Llamé altercado lo que había sucedido entre nosotros, pero no fue un altercado, sino que, como le dije, una vez aplacada la voluptuosidad nuestras verdaderas relaciones se ponían de manifiesto. Yo no comprendí que esa hostilidad tría era nuestro estado normal, porque en los primeros tiempos se vio ocultada por una nueva oleada de sensualidad, es decir, de enamoramiento. Creí que habíamos peleado, que habíamos hecho las paces y que aquello no volvería a ocurrir. Pero en esa misma luna de miel vino otro período de saciedad en que dejamos de ser necesarios el uno al otro, y estalló una nueva discordia. Esta segunda riña fue, aún más penosa que la primera. “No era, pues, una cosa fortuita, la primera, sino que así hubo de ser y así seguirá siendo”, pensé. El segundo altercado me dejó más suspenso, cuanto que de una causa completamente increíble: algo relacionado con dinero, que yo nunca había economizado, ni mucho menos para mi mujer. No recuerdo sino que retorció de tal modo una observación que le dirigí, que resultó que yo me proponía dominarla por medio del dinero, en el que fundaba mi derecho exclusivo sobre ella; en fin, una sandez y una bajeza superlativa, que no estaba en mi carácter ni en el suyo. Me irrité, la acusé de falta de delicadeza, me devolvió la acusación y estalló la disputa. En sus palabras, en la expresión de su semblante, en sus ojos, volví a notar aquella hostilidad fría y cruel que ya antes me había herido tan hondamente. Me ha sucedido reñir con un hermano, con amigos, con mi padre, pero nunca medió entre nosotros esta inquina feroz. Pasó algún tiempo; nuestro odio recíproco cedió bajo un nuevo flujo de enamoramiento, es decir de sensualidad, y volví a consolarme, diciéndome que esas dos escenas eran faltas reparables. Pero a la tercera, a la cuarta vez, comprendí que no era una simple casualidad, que así debía ser y así seguiría, y me espanté de lo que me aguardaba. Además, me torturaba el horrible pensamiento de que era yo el único que vivía tan mal con su mujer, de un modo tan distinto de lo que había esperado, y que tales cosas no ocurrían en los demás matrimonios. Ignoraba que eso era el destino común, aunque todos se figuran, como yo, que es una desgracia reservada a ellos solos y ocultan descuidadamente esta vergonzosa desgracia no sólo a los demás, sino que no se la confiesan a sí mismos. El mal iniciado desde los primeros días fue acentuándose cada vez más. En mis adentros presentí desde las primeras semanas que estaba perdido, que lo que me sucedía no era lo que había esperado y que el matrimonio no sólo no es una felicidad, sino que es algo muy penoso, pero, como todo el mundo, me negué a admitirlo (y aún ahora no lo admitiría, a no ser por el desenlace), y lo ocultaba no solamente a los demás sino a mí mismo. Ahora me sorprende no haber visto mi verdadera situación. Y, sin embargo, no era difícil, pues las contiendas se originaban por motivos tan fútiles que era imposible recordarlos después. La razón no llegaba a confeccionar motivos suficientes para nuestra constante hostilidad. Pero todavía más extraordinaria era la insuficiencia de los motivos de reconciliación. Algunas veces, sí, mediaban palabras, explicaciones y hasta lágrimas; pero otras... ¡Ah!, hasta ahora recuerdo con amargura: después de las palabras más crueles, de silencios repentinos, llegaban los besos, los abrazos...

¡Abominación! ¿Cómo no veía entonces esta vileza?

XIII

Entraron dos pasajeros y se instalaron en un banco alejado. Calló mientras se instalaban, pero en cuanto lo hubieron hecho, continuó, y era evidente que ni por un instante había perdido el hilo de su razonamiento.

—Pues lo que me parece más vil que todo —empezó—, es que se presume en teoría que el amor es algo ideal, elevado, mientras que en la práctica el amor es algo degradante, porcino, de lo que repugna hablar y acordarse. Por algo la naturaleza hizo de modo que resulte innoble y vergonzoso. Entonces, si es innoble y vergonzoso, hay que tomarlo así. Pero por lo contrario la gente finge bello y elevado lo innoble y vergonzoso. ¿Cuáles fueron los primeros síntomas de mi amor? Me entregué a bestiales excesos, no sólo sin bochorno, sino hasta con no sé qué orgullo, no pensando del todo en la vida espiritual de mi mujer y ni siquiera en su vida física. ¡Me asombraba del origen de nuestra hostilidad y estaba tan a la vista sin embargo! No era otra cosa que una protesta de la

naturaleza humana contra

la bestia que la oprimía. Me sorprendía nuestro odio mutuo, pero no podía suceder otra cosa. Aquel odio era el odio recíproco de los cómplices de un crimen, cómplices en la iniciación y en la ejecución. ¿No es un crimen que, habiendo quedado la pobrecita encinta el primer mes, siguiere adelante nuestro comercio de cerdos? Usted se figura que me expando de mi relato. Nada de eso. Continúo refiriéndole cómo maté a mi mujer. Durante el proceso me preguntaron con qué arma maté a mi mujer.

¡Imbéciles! Creen que la maté entonces, con un cuchillo, el cinco de octubre. La había matado mucho antes, de la misma manera en que matan ahora ellos, todos, todos.

—¿Y cómo? —pregunté.

—He ahí lo más asombroso. Que nadie quiere saber cosas tan claras y evidentes que los médicos deberían conocer y predicar, en vez de callarlas como lo hacen. El hombre y la mujer han sido creados como los animales, de modo que después del acto de amor empieza el embarazo, luego, la lactancia; estados en los que tanto para la mujer como para el hijo el amor carnal es dañino. El número de las mujeres es igual al de los hombres, ¿Qué se deduce de esto? Parece claro. Y no hace falta gran sabiduría para llegar a la conclusión a que llegan los animales, es decir, la abstinencia. Pero no. La ciencia llegó a descubrir no sé qué leucocitos que corren por la sangre y otras tonterías inútiles, pero no pudo comprender esto. Por lo menos, no se oye que se lo diga. Entonces, a la mujer le quedan dos soluciones: la una convertirse en monstruo, destruir de una vez o a medida de las necesidades de ser mujer, es decir, madre, para que el hombre pueda gozar tranquila y constantemente, y la otra, que no es en realidad una solución, sino una simple y grosera transgresión de las leyes de la naturaleza, que se comete en todas las sedicentes familias honradas, y que consiste en que la mujer, contra su naturaleza, deba ser a un mismo tiempo una embarazada, una nodriza y una amante, es decir, aquello a lo que no se rebaja ningún animal. He aquí por qué tenemos la histeria, los nervios, y en las aldeas las “poseídas”. Note usted que entre las jóvenes puras no hay poseídas, sino sólo entre las mujeres casadas que viven con sus maridos. Así sucede entre nosotros y así también en Europa. Todos los hospitales de enfermos histéricos están llenos de mujeres que transgreden la ley de la naturaleza. Pero las poseídas y las clientes de Charcot son seres completamente perdidos, mientras el mundo rebosa de mujeres medio inválidas. ¡Piense usted qué obra tan grande se cumple en la mujer después de la concepción o durante la lactancia! Crece .el ser que ha de reemplazarnos, y esa obra santa se entorpece, ¿por qué? ¡Horroriza pensarlo!... ¡Y luego se habla de libertad y de los derechos de la mujer! Es como si los antropófagos, que ceban a sus prisioneros antes de devorarlos, les asegurasen a la vez que se preocupan de sus derechos y de su libertad. Esto era algo nuevo y me impresionó.

—Pero si es así —dije, resulta que uno puede amar a su mujer sólo una vez cada dos años. Y como el hombre...

—El hombre necesita... —interrumpió—. Ya sé. Los queridos sacerdotes de la ciencia los han persuadido a todos. Ya les daría yo a los tales pontífices el trabajo de esas mujeres, que en su sentir son tan necesarias al hombre. ¿Qué dirían entonces? Asegure usted a los hombres que tienen necesidad de aguardiente, de tabaco, de opio, y todo esto se hará indispensable. Resulta que Dios no sabía lo que era necesario y, sin pedir su parecer a los sacerdotes de la ciencia lo arregló mal. ¡Hay que ver! Las cosas no cuadran. El hombre necesita, según han decidido ellos, satisfacer su lubricidad, pero aquí tropezamos con el nacimiento y la lactancia de los hijos, que son un estorbo para la satisfacción de esta necesidad. ¿Qué hacer entonces? Pues dirigirse a los sacerdotes consabidos, que ellos lo arreglarán todo, y .en efecto, lo han arreglado. Pero, señor, ¿a qué se aguarda para desenmascarar a esos canallas con todas sus mentiras? ¡Ya es hora! ¡Ya llegó hasta lo último; la gente se vuelve loca, se dispara pistoletazos, y todo por eso mismo! Y ¿cómo ha de ser de otro modo? Los animales, como si supieran que la descendencia perpetúa su especie, siguen cierta ley en este punto. El único que no conoce, ni quiere conocer la ley, es el hombre. No se preocupa sino de tener el máximun de placer. Y ¿quién es el autor de todo esto? ¡El rey de la naturaleza!... ¡el hombre! Note usted que los animales no se aparean más que cuando pueden reproducirse, y el innoble rey de la naturaleza lo hace en todo tiempo, con tal que sea agradable. Y no contento de esto, eleva esa ocupación de mono al ideal de todo lo creado: ¡al amor! En nombre de tal amor, es decir, de tal indecencia, hace perecer a la mitad del género humano. En nombre de sus placeres, hace de las mujeres, que deberían ayudarlo en el movimiento de la humanidad hacia la verdad y el bien, enemigos en vez de auxiliares. ¿Quién retrena, si no, el movimiento progresivo de la humanidad? La mujer. ¿Por qué? Por lo que he dicho, y por eso sólo. Sí, sí —repitió varias veces, y se movió para alcanzar sus cigarrillos y fumar, en el deseo evidente de calmarse.

XIV

—Así vivía, como un cerdo —continuó otra vez en el tono anterior—. Y lo peor es que viviendo tan mal, me imaginaba que por el solo hecho de no dejarme seducir por las otras mujeres y de llevar una vida honrada de familia, era un hombre moral y no tenía ninguna culpa, y que si teníamos riñas la culpa era de mi mujer, de su carácter. Pero es evidente que ella era inocente. Era como todo el mundo, como la mayoría. La habían educado según lo exige la posición de la mujer en nuestra sociedad, es decir, como se educa sin excepción a todas las

niñas de nuestra clase rica y como no pueden menos de ser educadas. Oímos reflexiones sobre no sé qué nueva educación de la mujer. Todo eso no son más que vanas palabras. La educación de la mujer corresponde exactamente a la verdadera y franca concepción que impera generalmente acerca de ella. Y la educación de la mujer siempre corresponderá al concepto que de ella tiene el hombre. Repare usted que en nuestra sociedad todo el mundo profesa la idea de que la mujer sirve al placer del hombre. *Wein, Weib una Gesang*, así dicen en sus versos los poetas. Fíjese usted en toda la poesía, toda la pintura, toda la escultura, empezando por los versos amorosos y las Venus y Frinés desnudas, y verá que la mujer es un instrumento de goces. Eso sucede igual en “Truba” o “Grachevka”⁵ y en los bailes de la corte. Y vea hasta dónde llega la astucia del diablo: si es goce, placer, entonces que se sepa que es placer, que la mujer es un rico manjar. Pero no: los caballeros de antaño decían que la deificaban (la deificaban, pero, sin embargo, la miraban como un instrumento de goce); ahora aseguran que la estiman. Unos le ceden el puesto, otros le recogen el pañuelo, otros le reconocen el derecho de ocupar todos los empleos públicos, de intervenir en el gobierno, etc.. etc. Pero a despecho de todo, queda en pie el punto esencial: la mujer es un objeto de goce. Y ella lo sabe. Es lo mismo que la esclavitud. Pues la esclavitud no consiste sino en la explotación del trabajo obligatorio de los unos para el goce de los otros. Si no ha de existir la esclavitud, es preciso que la gente rehuse a disfrutar del trabajo obligatorio de otros y mire tal disfrute como un pecado o una vergüenza. Lo que hoy sucede es que se ha abolido la forma exterior de la esclavitud, que se han suprimido los actos de venta de esclavos y con eso se imaginan y se aseguran a sí mismos que la esclavitud ha dejado de existir. No ven y no quieren ver que sigue existiendo, puesto que la gente no ha perdido el deseo de aprovecharse de la labor ajena. Y mientras esto se considere como un bien, nunca faltarán seres más fuertes o más astutos que sabrán hacerlo. Lo mismo pasa con la emancipación de la mujer. La servidumbre estriba únicamente en el hecho de que se quiere y se estima usar de ella como de un instrumento de placer. He aquí que emancipan a la mujer, le dan toda clase de derechos iguales a los del hombre, pero siguen mirándola como medio de goce, y así se educa desde niña y en la opinión pública. Así sigue siempre humillada y corrompida y el hombre siempre queda su amo corrompido. Se emancipa a las mujeres en las universidades y en las Cámaras, pero se sigue mirándolas como instrumentos de placer. Enseñadlas a mirarse como tales, según hacemos nosotros, y seguirán siendo siempre seres inferiores. Y entonces, una de dos: o con ayuda de un médico canalla tratarán de prevenir la concepción del hijo y serán unas completas prostitutas, rebajadas no al nivel de un animal, sino al de un objeto, o serán lo que son en la mayoría de los casos, unas psicópatas, unas miserables histéricas, sin posibilidad de desarrollo espiritual. Esto no pueden cambiarlo ni los colegios, ni las universidades. La única cosa que podría cambiarlo sería un cambio de la opinión del hombre sobre la mujer y de la mujer sobre sí misma. Pero esto sucederá tan sólo cuando la mujer considere la virginidad como un estado superior y no, como ahora, una vergüenza y una deshonra. Pero hasta tanto, el ideal de toda muchacha, cualquiera que sea su educación, será siempre seducir el mayor número posible de hombres, de machos, para tener la posibilidad de la selección. Y eso de conocer un poco más de matemáticas, o saber tocar el arpa, no ha de cambiar nada. La mujer es feliz y alcanza todo lo que desea cuando puede seducir a un hombre. Y por lo tanto el objeto principal de la mujer es seducirlo. Siempre ha sido así y seguirá siéndolo. Eso sucede en la vida de las muchachas en nuestro mundo y continúa durante el matrimonio. En la vida de las solteras es necesario para la selección, y en el matrimonio para dominar al marido. Sólo una cosa suprime, o interrumpe por tiempo, semejantes tendencias: los hijos; y eso, cuando la mujer no es un monstruo; es decir, cuando los cría ella misma. Pero también en esto se meten los médicos. Con mi mujer, que quería criar y que ha dado el seno a sus cinco hijos, ocurrió que el primero de ellos no andaba bien. Los médicos, que la desnudaron cínicamente y la manosearon por todas partes, y a quienes debí pagar y dar las gracias por esos servicios, los inefables médicos, opinaron que no debía criar, y se vio privada momentáneamente del único remedio contra la coquetería. Acabó de lactar a nuestro primogénito un ama; es decir, que nos prevalimos de la pobreza, de la necesidad y de la ignorancia de una mujer para robar a su criatura en beneficio de la nuestra, y al efecto le pusimos un *kokoschinik* con galones. Pero no es ésta la cuestión. La cuestión es que se despertó en mi mujer la coquetería, adormecida durante el embarazo y la lactancia. Y con ella reavivó en mí con fuerza extraordinaria los tormentos de los celos, que no dejaron de torturarme durante toda mi vida de casado, como no pueden dejar de torturar a todos los esposos que viven con sus mujeres como vivía yo, es decir, inmoralmente.

XV

—Durante todo el tiempo de mi matrimonio, jamás cesé de sufrir las torturas de los celos. Pero hubo períodos en que las sufrí más intensamente. Uno de ellos fue después del nacimiento de nuestro primer hijo, cuando los médicos le prohibieron criar. Me sentí particularmente celoso en ese tiempo, primero porque mi mujer experimentaba esa inquietud propia de la madre, cuando se interrumpe sin razón la marcha regular de la vida; y también, porque, notando la facilidad con que olvidaba sus deberes de madre, concluí con razón, aunque sin darme cuenta de ello, que lo mismo olvidaría el deber conyugal, máxime cuando iba perfectamente de salud, puesto que, a despecho de la prohibición de los simpáticos doctores, crió a los otros hijos, y los crió admirablemente.

—Veo que no quiere usted mucho a los médicos —dije, notando el malísimo tono de voz de Posdnichev,

siempre que hablaba de ellos.

—¡No se trata de quererlos o no quererlos! Han truncado mi vida, como han destruído y destruyen la de millares de cientos de miles de seres, y me es imposible no relacionar la consecuencia con la causa. Me explico que quieran ganar dinero como los abogados y los demás; por mi parte, a gusto les hubiera dado la mitad de mis rentas; y, si se comprendiese lo que hacen, cualquiera en mi lugar estaría dispuesto a darles la mitad de lo que tiene, para que no se inmiscuyesen en la vida del matrimonio, y se apartasen a mil leguas de distancia. Yo no hago estadísticas, pero conozco decenas de casos —en realidad son innumerables— en que han matado, ora un niño en el seno materno asegurando que la madre no podía dar a luz (y la madre después ha tenido otros hijos perfectamente), ora a las madres mismas, so pretexto de una llamada operación... Nadie ha tenido en cuenta semejantes asesinatos, como nadie ha tenido en cuenta los de la Inquisición, dando por supuesto que todo eso se hacía por el bien de la humanidad. ¡No se puede contar los crímenes cometidos por ellos! Pero todos sus crímenes son nada comparados con la desmoralización inmoral del materialismo que introducen en el mundo particularmente por medio de las mujeres. No quiero hablar ahora de que, a seguir sus indicaciones, gracias a los peligros del contagio que ven en todo y en todas partes, la humanidad, en vez de tender a la unión, debería marchar a la desunión. Según sus doctrinas, todo el mundo debe aislarse, y no apartar de la boca una jeringa de ácido fénico (aunque ahora salen con que ya eso no sirve). Pero ni siquiera esto importa. El veneno supremo es la perversión de las gentes, y sobre todo de las mujeres. Ahora ya no se puede decir: “Vives de mala manera; es preciso que vivas mejor”, no cabe que se lo diga uno a sí mismo ni a los otros. Si vives de mala manera es por culpa del sistema nervioso o de algo semejante. Y hay que ir a consultarlos, y te recetarán medicinas de la botica por valor de treinta y cinco *kopeikas*, y tendrás que tragártelas. ¿Empeoras? ¡Pues vuelta a los médicos, y vuelta a las medicinas! ¡Excelente negocio! Pero no se trata tampoco de esto. Decía que mi mujer criaba bien a sus hijos, que la lactancia y la gestación calmaban el tormento de mis celos. Sin ello todo hubiera sucedido antes. Los hijos nos salvaron a ella y a mí. En ocho años tuvo cinco. Y a todos, menos al primero, los crió ella.

—¿Y dónde están ahora sus hijos? —pregunté.

—¿Los hijos? —repitió con tono asustado.

—Discúlpeme, ¿tal vez le es penoso recordarlo?

—No, no es nada. A mis hijos se los llevaron mi cuñada y su hermano. No me los dieron. Les entregué todo lo que poseía, pero ellos no me los dieron. Pues soy algo como un loco. Ahora me voy lejos de ellos. Los vi, pero no me los darán. Para que no los críe distintos a sus padres. Tienen que ser iguales. Pero, ¡iqué vamos a hacer! Es comprensible que no me los den y que no me crean. Además, no sé si sería capaz de criarlos. Creo que no. Soy una ruina, un inválido Tengo sólo una cosa. Yo sé. Sí, sé algo, estoy seguro que los demás tardarán aún mucho en saber. Sí, los hijos viven y crecen tan salvajes como todos los que les rodean. Les vi, les vi tres veces. No puedo hacer nada por ellos, nada. Me voy ahora a mi casa en el Sur. Ahí tengo una casita y un jardín. Sí, tardará la gente en saber lo que yo sé. Cuánto hierro hay y cuáles son los metales en el sol y en las estrellas, esto se puede aprender pronto; pero es difícil, muy difícil conocer lo que revela nuestra infamia. Usted por lo menos me está escuchando; tan sólo de esto le estoy agradecido.

XVI

—Usted me recordó a los hijos. También acerca de los hijos, ¡iqué terribles mentiras! Los hijos son una bendición de Dios, los hijos son una alegría. Pero todo esto es mentira. Así fue antaño, ahora no hay nada más de esto. Los hijos son una tortura, y nada más. La mayoría de las madres así lo sienten y a veces se les escapa decirlo con toda franqueza. Pregunte usted a la mayoría de las madres de nuestro mundo de gente acaudalada, les dirán que por miedo de que sus hijos puedan enfermarse y morir no quieren tenerlos; no quieren amamantarlos, si ya los tienen, para no tomarles cariño y no sufrir. El deleite que les proporciona el niño por el encanto de esas manecitas, piecitos, de todo su pequeño cuerpo, el placer que da el niño es menor que los sufrimientos que causa, ya no digo la enfermedad o la pérdida del hijo, sino el solo temor de la posibilidad de su enfermedad o muerte. Calculando las ventajas y desventajas, resulta que no es ventajoso, y por consiguiente no deseable, no tener hijos. Lo dicen francamente, imaginando que estos sentimientos provienen en ellas de su amor por los niños, es decir, de su sentimiento bueno y loable, del que se enorgullecen. No notan que razonando de este modo, niegan el amor y sólo afirman su egoísmo. Reciben menos placer del encanto del niño que del sufrimiento del miedo por él, y por lo tanto no quieren tener al hijo al que tomarían cariño. No se sacrifican ellas al ser querido, sino que sacrifican al ser que pudiera nacer. Es claro que esto no es amor, sino egoísmo, pero uno no tiene el coraje de condenar a esas madres de las clases acaudaladas, cuando uno recuerda todas las torturas que sufren, en nuestra vida de señores, por la salud de sus hijos, gracias siempre a los mismos médicos. Aún ahora me estremezco cuando recuerdo la vida y el estado de espíritu de mi mujer en los primeros tiempos, con tres o cuatro hijos, que la absorbían enteramente. No teníamos vida propia. Sólo había un peligro eterno, del que uno se salvaba para caer en otro y de nuevo hacer esfuerzos desesperados para salvarse, situación análoga a la que se experimenta en una nave que está hundiéndose. A veces me parece que esto se hacía adrede; que ella fingía ansias por los hijos para subyugarme. ¡Así todas las cuestiones se decidían

tan agradable y fácilmente en su favor! A veces me parece que todo lo que ella decía o hacía en estos casos, lo decía y hacía a propósito. Pero no, ella misma sufría atrocemente y se torturaba a causa de los hijos, de su salud, de sus enfermedades. Era un martirio para ella y también para mí. Y no podía menos de sufrir. Como la mayoría de las mujeres, la atraían los niños, tenía necesidad animal de alimentarlos, cuidarlos, protegerlos, pero no tenía lo que tienen los animales: ausencia de imaginación y de razonamiento. La gallina no teme lo que puede suceder a su pollito, no conoce todas las enfermedades que puede padecer, no conoce todos los medios, con los que la gente se imagina poder salvarse de las enfermedades y de la muerte. Y los hijos para ella, la gallina, no son una tortura. Hace para sus pollitos lo que le es natural y placentero; los hijos son una alegría para ella. Cuando un pollito se enferma, su deber es muy claro: lo recalienta y le da de comer. Y haciendo esto, sabe que hace todo lo necesario. Si el pollito revienta, no se pregunta por qué ha muerto, ni adónde se ha ido, cloquea un rato y sigue viviendo como antes. Pero para nuestras desdichadas mujeres, y para mi mujer, no era así. Sin hablar de las enfermedades, oía de todos lados y leía un sinnúmero de reglas diferentes y siempre cambiantes, sobre la mejor manera de cuidar y alimentar a los niños. Alimentar de tal o tal modo; no, no de éste, ni de aquel modo, sino así; vestir, dar de beber, bañar, acostar, pasear; acerca de todo ello nosotros, y principalmente ella, oíamos cada semana nuevas reglas. Como si sólo ahora la gente hubiera empezado a procrear. Y con una alimentación o manera de bañar distinta, o en otras horas, se enferma el niño; y resulta que nosotros tenemos la culpa, pues no hacemos lo que debía hacerse.

“Así pasa cuando el niño está bien. Y esto no es una tortura. Pero si se enferma, entonces, desde luego, empieza un verdadero infierno. Se supone que la enfermedad puede curarse y que existe una tal ciencia y tales hombres —los médicos— que lo saben todo. No todos, sino los mejores saben. Y entonces, cuando se enferma el niño, hay que dar con este mismo, el mejor, el que salva, y entonces el niño está salvado; pero si no llega uno a encontrarlo, o si uno no vive donde vive ese médico, perece el niño. Y ésta no era su creencia exclusiva, sino que es la creencia de todas las mujeres de su mundo, y de todos lados oye uno cosas así: los dos hijos de Ekaterina Semiónovna han muerto porque no llamó a tiempo a Iván Zajárovich, pero en cambio Iván Zajárovich salvó a la hijita mayor de María Ivánovna; y en la familia de los Petrov, siguieron el consejo del médico y se fueron todos a distintos hoteles y quedaron con vida, mientras que otros no se fueron y los hijos murieron. Otra tenía un hijo débil, pero el médico les mandó al mar y salvaron al niño. ¡Cómo no ha de torturarse uno e inquietarse toda la vida, cuando la vida de los hijos, a los que se quiere con un amor salvaje, depende de si se llega o no a saber a tiempo lo que dirá Iván Zajárovich! Pero lo que dirá Iván Zajárovich, no lo sabe nadie, y él menos que nadie, pues sabe muy bien que no sabe nada y que no puede ayudar, sino que dice cualquier cosa al azar, con tal que la gente no deje de creer que sabe algo. Si la mujer fuera completamente animal, no se torturaría de este modo; si fuera completamente humana, tendría fe en Dios y hablaría y pensaría como hablan los creyentes y las mujeres del pueblo: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó; no puede uno escapar a la voluntad de Dios”. Pensaría que la vida y la muerte de todos los hombres, sin exceptuar a sus propios hijos, están fuera del poder humano y sólo en el poder de Dios, y entonces no se torturaría pensando que estaba en sus manos evitar las enfermedades y la muerte de los hijos, y que no lo hizo. La situación para ella era, pues, la siguiente: le han sido entregados seres lo más frágiles, sometidos a innumerables padecimientos. Para estos seres, siente un cariño apasionado, animal. Además, estos seres le han sido confiados, pero los medios para conservarlos le fueron ocultados y han sido revelados a hombres completamente extraños, cuyos consejos y servicios se pueden adquirir solamente por mucho dinero, y eso no siempre.

“Pues, ¿cómo no iba a sufrir? Sufría constantemente. Sucedió que apenas nos calmábamos después de alguna escena de celos o simplemente una pelea y pensábamos vivir un poco, leer, reflexionar; apenas empieza uno algún trabajo, llega la noticia de que Vasía vomita, o Mascha evacuó con sangre, o Andrés tiene erupción; y todo esto está acabado, no hay más vida. ¿Adónde tiene uno que precipitarse, en busca de qué médico, cómo separar a los niños? Y empiezan lavativos, temperaturas, medicinas y médicos. Apenas termina esto, empieza algo nuevo. No había vida familiar regular y firme. Había, como lo dije, aprensión constante de peligros reales e imaginarios. Así sucede ahora en la mayoría de las familias. En mi familia sucedía con una intensidad especial. Mi mujer quería mucho a sus hijos y era muy crédula.

“De manera que la presencia de los niños no sólo no mejoraba nuestra vida, sino que la envenenaba. Aparte de esto, los niños constituían un nuevo motivo de disputas. Desde que tuvimos hijos, y tanto más cuanto más crecían, precisamente estos mismos hijos se volvieron medios y motivo de lucha. No sólo medio de lucha, sino también armas de combate. Era como si lucháramos el uno contra el otro con los hijos. Yo me valía más de Vasía, el mayor, ella de Lisa. Por si era poco, cuando los niños llegaron a la edad en que se define el carácter, vinieron a convertirse en aliados, que cada uno procuraba tener de su parte. Los pobres sufrían mucho con eso, pero nosotros, con nuestra guerra sempiterna, no teníamos la cabeza para pensar en ellos. La niña era partidaria mía, y el varón mayor, que se parecía a ella y era su favorito, a menudo se me volvía odioso.”

XVII

—Bueno. Así vivíamos. Nuestras relaciones tornábanse cada vez más hostiles, y llegamos a ese período en que no era ya preciso el disentimiento para la hostilidad, porque la hostilidad se encargaba de provocar el

disentimiento; ya podía decir mi mujer lo que quisiese; yo era de antemano de la opinión contraria, y ella lo mismo. Hacia el cuarto año de matrimonio, era cosa tácitamente convenida entre nosotros que no podíamos ni comprendernos ni ponernos de acuerdo. Ni siquiera tratábamos de discutir las cosas a fondo. Aun en lo más insignificante, especialmente en lo que se refería a los hijos, cada uno se aferraba tenazmente a su opinión. Hasta donde puedo recordarlo ahora, las opiniones que yo defendía no me eran tan preciosas que no hubiera podido sacrificarlas; pero ella tenía la opinión contraria y ceder hubiera significado cederle a ella. Y eso no lo podía. Ella tampoco. Es probable que ella estaba segura de tener razón. Y en cuanto a mí, tenía yo la firme convicción de ser un santo en mis relaciones con ella. A solas nos veíamos condenados al silencio o a conversaciones que sin ningún inconveniente podrían mediar entre animales. “¿Qué hora es?... ¡Ya va siendo tiempo de acostarse!...

¿Qué hay de comer hoy?... ¿A dónde iremos?. .. ¿Qué dicen los periódicos?. .. Hay que mandar llamar al médico; Elisita anda mal de la garganta”.

“Bastaba salir de ese círculo, estrecho hasta más no poder, para que estallase la irritación. Teníamos nuestras escaramuzas a propósito del café, del mantel, del coche, de los juegos de cartas, en fin, lo que se llaman fruslerías, que ninguna importancia podían tener ni para el uno ni para el otro. Por mi parte, sentía hervir continuamente en mi interior una execración terrible. Miraba su manera de echar el té, de columpiar el pie, de llevarse la cuchara a la boca, de soplar o sorber los líquidos calientes, y la detestaba precisamente por ello, como si fuera una mala acción. Yo no reparaba que esos períodos de irritación se originaban en mí con la mayor regularidad y estaban relacionados con los períodos de lo que llamamos amor. A un período de amor seguía otro de odio; un período de amor enérgico traía otro largo de cólera; un período de amor más débil traía un período de irritación más corto. Nosotros no comprendíamos que aquel amor y aquel odio eran los dos lados opuestos del mismo sentimiento animal. Sería terrible vivir así, si comprendiese la situación. Pero nosotros no la comprendíamos ni veíamos. He ahí la salvación, a la vez que el suplicio del hombre: que cuando vive irregularmente puede ilusionarse para no ver su desdicha. Así hacíamos nosotros. Ella buscaba el olvido en ocupaciones absorbentes y atropelladas, en los quehaceres domésticos, en el arreglo de la casa, en el cuidado de la ropa suya y de los hijos, en la instrucción y la salud de los niños. Yo también tenía lo mío: embriagarme con el trabajo, la caza, el juego. Ambos estábamos siempre ocupados. Sentíamos que cuanto más ocupados estábamos, tanto más malvados podíamos ser el uno para con el otro. “Te queda, bien hacer muecas”, pensaba yo, “pero me has torturado con escenas toda la noche y yo tengo una reunión mañana”. “A ti te va bien”, no sólo pensaba, sino decía ella, “pero yo no dormí en toda la noche por el niño”. Esas nuevas teorías del hipnotismo, de las enfermedades mentales, del histerismo, no son simplemente una sandez, sino una sandez peligrosa y baja. Charcot hubiese dicho de fijo que mi mujer era histérica, y yo un ser anormal, y se hubiera empeñado en curarme, pero no había nada que curar. Así vivíamos en una bruma perpetua que nos impedía reconocer nuestra situación. Y de no haber sucedido lo que sucedió, hubiera vivido así hasta mi vejez y al morirme hubiera pensado que había llevado una buena vida, no muy buena tal vez, pero tampoco mala, igual como todos; no hubiera comprendido en qué abismo de desgracia y de baja mentira me debatía. Éramos como dos galeotes sujetos a la misma cadena, que se aborrecen, que se envenenan la existencia, que tratan de aturdirse. Yo ignoraba aún que el noventa por ciento de los matrimonios vive en ese infierno en el que vivía yo, y que no puede menos de suceder así. Aún no sabía esto, ni por los otros ni por mí mismo. Son sorprendentes las coincidencias que se producen en la vida regular y hasta en la irregular. En la misma época en que llega a ser imposible la existencia de los padres, se hace necesario trasladarse a la ciudad para la educación de los hijos.”

Posdnichev calló y emitió por dos veces ese extraño ruido que ahora se parecía a sollozos ahogados. Nos aproximábamos a la estación.

—¿Qué hora es? —preguntó. Miré; eran las dos.

—¿No está usted cansado? —preguntó.

—No, pero ¿y usted?

—Me ahogo. Permítame que salga un poco y tome agua. Y salió del vagón, tambaleando. Quedé solo, recordando lo que me había dicho, y caí en tan profunda meditación, que no noté que había entrado por la otra puerta.

XVIII

—Siempre me aparto de mi tema —empezó él—. He pensado mucho. Hay muchas cosas que veo de manera distinta y todo eso lo quiero decir. Fuimos, pues, a la ciudad. En las ciudades se encuentran menos tristes los que sufren. Allí puede uno vivir cien años sin reparar que hace tiempo que uno está muerto y podrido. Allí no tiene uno tiempo para meditar en sí mismo. Los negocios, las relaciones, el arte, la salud de los hijos, su educación, la salud absorben a todo el mundo. Unas veces, que hay que recibir o devolver visitas, que hay que ver a éste, que hay que oír a Fulano o a Fulana. Pues en la ciudad nunca faltan una, y a veces dos o tres celebridades, que es irremisible ir a ver. Otras veces, hay que cuidarse o cuidar a tal o cual niño; o ya que el profesor, que la institutriz. .. y, a todo esto, la vida absolutamente vacía. Así vivíamos y así sentíamos menos la pesadumbre de nuestra existencia común. Sobre que, además, en los primeros tiempos, teníamos una magna

ocupación: el arreglo del nuevo domicilio, y luego también el traslado de la ciudad al campo y del campo a la ciudad. Así se deslizó otro invierno, y el invierno siguiente ocurrió un incidente, al parecer sin importancia, que pasó inadvertido, y que fue, en el fondo, la causa de todo lo que sobrevino. Mi mujer andaba indispuesta, y los médicos no le permitieron concebir, enseñándole el medio de que debía valerse. Esto me causó una repugnancia profunda. En vano pugué por oponerme; ella insistía con tanta ligereza como tenacidad, y acabé por ceder. Con eso quedó destruída la última justificación de nuestra vida de cerdos, y la tal vida vino a ser aún más innoble.

“El campesino y el obrero necesitan hijos, aunque les sea difícil criarlos, pero los necesitan, y esto justifica sus relaciones conyugales. Nosotros, en cuanto tenemos algunos, no necesitamos más. Son quebraderos de cabeza inútiles, gastos, coherederos, un atadero continuo. Así que no tiene disculpa nuestra existencia de gochos. O nos libramos de los hijos por medios artificiales, o los miramos como una desgracia, consecuencia de la imprudencia, lo que es más vil aún. No hay justificación. Pero estamos tan profundamente degradados, que no vemos la necesidad de una justificación. La mayoría de las personas cultas se entrega a esa licenciosidad sin el menor remordimiento. No hay quien se remuerda, puesto que no tenemos ya conciencia, como no sea, si cabe decirlo así, la conciencia de la opinión pública y del Código Penal. Pero aquí se trata de cosas que no hieren ni molestan a ninguna de esas dos conciencias. No sonrojan desde luego a ninguna persona de mundo; todos las practican, X, Y, Z, etc. ¿A qué multiplicar los mendigos y privarse de las alegrías de la vida social? Y en cuanto al Código Penal, no hay para qué preocuparse ni temerlo; eso se queda para las mujeres perdidas, para las mozas de los soldados que tiran sus hijos a las charcas o a los pozos; a éstas, es claro, hay que meterlas en la cárcel. Pero ¡nosotros! Nosotros lo hacemos todo de la manera más oportuna y limpia. “Pasamos así otros dos años. El medio sugerido por los canallas de los médicos nos había salido a pedir de boca. Mi mujer se había puesto más gruesa y más guapa; era la belleza final del estío. Ella lo comprendía, y se ocupaba mucho de su persona. Había adquirido esa hermosura provocativa que trastorna a los hombres. Se hallaba en todo el esplendor propio de la mujer de treinta años que no tiene hijos, que se alimenta bien y se encuentra excitada. Su sola vista perturbaba. Cuando pasaba entre hombres atraía sus miradas. Era como el caballo de tiro bien nutrido que no ha trabajado en mucho tiempo y al cual se suelta la brida de pronto. No había ninguna brida para ella, como le pasa, por supuesto, al noventa y nueve por ciento de nuestras mujeres. Lo sentía y me daba miedo.”

XIX

De pronto se levantó y se sentó cerca de la ventana.

—Discúlpeme —dijo y fijando los ojos en la ventana, se quedó callado algo así como tres minutos. Luego suspiró hondamente y se sentó otra vez frente a mí.

Su cara se había transformado; daba pena verle los ojos, y una mueca extraña —casi una sonrisa— le fruncía los labios.

—Estoy un poco cansado, pero seguiré contando. Tenemos mucho tiempo, aún no amaneció.

“Sí —prosiguió, encendiendo otro cigarrillo—. Se puso más gorda desde que dejó de concebir y empezó a desvanecerse esta enfermedad: la tortura constante por los niños.. .no; no a desvanecerse, sino que parecía salir de una larga embriaguez, volver en sí y darse cuenta de que existía el mundo entero con todas sus alegrías, que había olvidado, donde no había sabido vivir, un mundo que no había comprendido del todo. “¡Cuidado que se va a escapar! Pasado el tiempo, ya no es posible que vuelva”. Así me figuro yo que pensaba ella, o más bien que sentía, por supuesto no podía pensar ni sentir de otro modo; le habían inculcado la idea de que en el mundo no hay más que una cosa digna de atención: el amor. Se casó y recibió algo de ese amor, pero algo muy distante de lo que ella se prometía y esperaba. ¡Cuántas desilusiones, cuántos sufrimientos, amén de una tortura inesperada: los hijos! Esa tortura la había extenuado. Y he aquí que, gracias al servicial doctor, se enteraba de que no era forzoso concebir hijos. Se regocijó, lo experimentó y resucitó para lo único que conocía: el amor. Pero el amor con un marido manchado de celos y de toda clase de maldades, no era ya lo mismo. Empezó a imaginar no sé qué nuevo amor, limpio y nuevo, o, por lo menos, eso me figuraba yo. Y he aquí que empezó a mirar alrededor suyo, como si esperase algo. Lo veía y no podía menos de sentirme alarmado. Ahora, sucedía constantemente que hablando, como siempre conmigo por mediación de un tercero (es decir, hablando con otros, pero dirigiéndose a mí), abordaba resueltamente, entre bromas y veras —sin acordarse de que una hora antes había dicho lo contrario— el tema de que los cuidados maternos son ilusiones, y de que no valía la pena sacrificar la vida por los hijos, cuando se es joven y se puede gozar de la vida. Se ocupaba, pues, menos de los hijos, sin la desesperación de antes; y, en cambio, se preocupaba cada vez más de sí misma, de su exterior —aunque lo disimulaba—, de sus placeres y hasta de su perfeccionamiento. ¡Volvió con pasión al piano, olvidado hacía mucho en un rincón! Ahí, en el piano, fue donde empezó todo.” Otra vez volvió sus ojos cansados hacia la ventana, pero en seguida, haciendo un esfuerzo visible para dominarse, prosiguió.

—Sí, apareció aquel hombre...

Parecía sentirse cohibido, y volvió a emitir sus sonidos nasales particulares. Veía yo que le era penoso hablar de él. Pero hizo un esfuerzo, como para vencer el obstáculo que lo detenía, y continuó resueltamente:

—Era un mal hombre, a mis ojos y a mi juicio. Y no porque haya representado tan gran papel en mi vida, sino porque realmente era así. Pero el hecho que era malo sólo demuestra cuán loca era ella. De no ser éste, hubiera sido otro, tenía que suceder —Calló otra vez—. Sí, era músico, violinista, no músico de profesión, sino medio artista, medio hombre de mundo. Su padre, propietario rural, era vecino del mío. El padre se arruinó; y los hijos, que eran tres varones, se arreglaron; únicamente al mayor —el nuestro— lo mandaron a París a casa de su madrina. Allí lo pusieron en el Conservatorio, porque demostraba disposiciones para la música; salió hecho violinista, y tocó en conciertos. Era un hombre... —

Quería evidentemente decir algo malo de él, pero se contuvo, y dijo bruscamente—: A la verdad, yo no sé de qué vivía; sólo sé que aquel año vino a Rusia, y fue a verme. Ojos húmedos, alargados en forma de almendra; labios rojos y sonrientes; un bigotillo brillante de cosmético; el peinado a la última moda; una cara de una belleza vulgar, lo que llaman las mujeres una cosa “pasadera”; una constitución física débil, pero no deforme, con una parte posterior tan abultada como las mujeres o los hotentotes, según parece. Se dice que también ellos son musicales. Insinuante hasta lo sumo, pero provisto de ese fino olfato que permite retirarse a tiempo; un hombre, en fin, que guardaba la dignidad exterior, con ese sello particular parisiense que denuncian las botas de botones y las corbatas de colores vistosos, y con esa cosa que se apropian en París los extranjeros, cuya singularidad, cuya novedad, produce siempre su efecto en las mujeres’. En su porte, una jovialidad exterior, ficticia, y, ya sabe usted, esa manera de hablar por alusiones en fragmentos inacabados, como si usted estuviese al corriente de cuanto le dicen, y se acordase de ello, y pudiera suplir lo que se sobreentiende... ¡Pues bien! Ése, con su música fue la causa de todo. En el proceso se presentaron las cosas de tal manera, que todo pareció consecuencia de los celos. Es falso...; es decir, falso enteramente, no; pero había algo más. Al juzgar, se consideró que yo era un marido engañado, que maté en defensa de mi honra ultrajada (así dicen en su lenguaje). Y, en consecuencia, fui absuelto. Yo traté de explicar el caso desde mi punto de vista; pero ellos lo tomaron por mi deseo de rehabilitar el honor de mi mujer. Sus relaciones con el músico, cualesquiera que hayan sido, no significaban nada para mí, ni para ella tampoco. Lo importante es lo que he contado a usted. Todo lo que ocurrió fue porque se había abierto ya entre nosotros ese inmenso abismo del que le hablé, esa espantosa tensión del odio mutuo, donde el menor motivo bastaba para desencadenar la crisis. Nuestras reyertas de los últimos tiempos eran una cosa terrible, y tanto más asombrosas cuanto que iban seguidas de una pasión animal de igual intensidad. Si no hubiese aparecido aquel hombre, hubiese aparecido otro. Si el pretexto no hubiesen sido los celos, yo hubiese encontrado otro cualquiera. Insisto en que todo marido que viva como vivía yo, tiene que corromperse o divorciarse o matarse o matar a su mujer. Si a alguno no le sucede nada de esto, es una excepción rarísima. En cuanto a mí, antes de acabar como he acabado, he estado varias veces al borde del suicidio, y mi mujer también intentó envenenarse.

XX

—Sí, así fue poco antes de suceder aquello. Aparentamos vivir en paz, sin razones para turbarla; de pronto empieza una discusión sobre, digamos, un perro que fue premiado con una medalla en una exposición. Ella dice: no, fue una mención y no una medalla. Empieza la discusión; empiezan los saltos de una materia a otra, los reproches. “Sí, ya lo sé desde hace mucho tiempo; siempre ocurre lo mismo... Tú has dicho que...” ‘-’No, yo no he dicho tal cosa...” “Bien; ¿entonces es que miento yo?...” Y se siente que se acerca esa pelea espantosa en que uno quisiera matarse o matarla a ella. Estoy viendo que se acerca, me asusta más que todo; quisiera contenerme, pero me ahoga la ira. Ella se encuentra en el mismo si no en peor estado; sabe que tergiversa deliberadamente todas mis palabras dándoles un sentido falso y todas las suyas están impregnadas de veneno. Adonde sabe que ha de dolerme más, allí hiere. El furor va en aumento. “¡Cállate!”, grito yo en un momento, u otra cosa por el estilo. Ella da un salto fuera de la habitación, y corre al lado de los niños. Trato de detenerla para desahogarme, persuadirla, y la aferro de un brazo. Ella pretende que la lastimo y grita: “¡Hijos, vuestro padre me está pegando!” Yo grito también: “¡No mientas!” Y ella: “¡Ah! ¡No es la primera vez!” O alguna otra cosa de este tenor.

Los niños se lanzan a ella, ella los tranquiliza. Digo: “¡No finjas!” Ella dice: “¡Para ti todo es fingido! ¡Así matases a uno dirías que finge! ¡Ahora te he comprendido, es eso lo que quieres!” “¡Que no reventaras!”, grito. Recuerdo el espanto que me produjo esa terrible frase. Nunca había soñado yo que pudiese pronunciar palabras tan brutales, tan tremendas; y me quedé atónito al ver que se me habían escapado. Grito estas espantosas palabras y huyo a mi gabinete, me siento y me pongo a fumar. La oigo en la antecámara, dispuesta a salir, y pregunto: “¿Adónde vas?” No responde. “¡Pues anda y que te lleven los demonios!”, me digo en mi interior, volviendo al gabinete, y vuelvo a acostarme y a fumar. Millares de planes de venganza, medios de desembarazarme de ella, expedientes para arreglar las cosas y hacer como que no ha pasado nada cruzan por mi cabeza. Pienso, pienso; y fumo, fumo, fumo. Pienso huir, escaparme, marcharme a América. Hasta llego a recrearme meditando lo bien que estaré cuando me la haya quitado de encima, y lo que he de amar a otra hermosa mujer, muy distinta de ella. Me libraré de su presencia, si muere o me divorcio, y reflexiono en cómo hacerlo. Veo que desvarío, que no estoy pensando como es debido, pero, para no advertir que no pienso rectamente, sigo fumando. En tanto, la vida en la casa sigue su curso. Llega la institutriz y pregunta:

“¿Dónde está la señora? ¿Cuándo volverá?” El criado pregunta si sirve el té. Entro en el comedor; los niños, y sobre todo los mayores. Lisa que ya comprende mucho, me miran con recelo e interrogación. Tomamos el té en silencio. ¡Y no viene! Pasa la noche. No viene; y dos sentimientos se apoderan alternativamente de mi alma: la cólera hacia ella, por torturarnos a mí y a los niños con su ausencia, cuando ha de acabar por volver a la postre, y el temor de que no vuelva y cometa algún atentado contra sí misma. Iría tras ella, pero ¿dónde buscarla? ¿En casa de su hermana?

¡Parece tan sandio ir a preguntar dónde se halla la propia mujer! Y, después de todo, allá ella. Si le gusta que sufran los demás, que sufra ella también. Pues es justamente lo que espera, y la próxima vez será aún peor. Pero ¿y si no está en casa de su hermana? ¿Y si va a cometer o ha cometido ya un atentado contra sí? Las once de la noche, las doce. . . A la alcoba no voy; sería tonto. Me refugio en el gabinete. Trato de ocuparme en alguna cosa, de escribir cartas, de leer, pero no puedo. Me quedo solo, irritado, y no hago más que escuchar todos los ruidos. Las tres, las cuatro, no viene. Hacia el alba me duermo. Cuando despierto, no ha vuelto aún. Las cosas de la casa marchan como antes, pero todos me miran con reproche e interrogación, suponiendo que yo soy causa de todo. Y siempre la misma lucha entre la cólera porque me está atormentando y la inquietud por ella. Hacia las once de la mañana llega su hermana, la embajadora. Entonces empiezan las frases de cajón: “¡Se encuentra en un estado terrible! ¿Pues qué ocurre?” “No ha sucedido nada”. Yo hablo de su carácter imposible, y añado que yo no he hecho nada. Pero las cosas no pueden seguir así, dice la hermana. “Eso es asunto suyo y no mío”, digo yo. “No he de dar el primer paso. Si tenemos que divorciarnos, conforme”. Mi cuñada se va sin haber conseguido nada. Yo dije con mucha valentía que no daría el primer paso; pero, no bien se marcha, voy a la otra pieza, veo a los niños tan espantados, que inspiran compasión... y heme aquí ya inclinado a dar ese primer paso, sin saber cómo. Vuelta a pasear de un lado para otro, y vuelta a fumar. Al almuerzo, bebo aguardiente y vino hasta que consigo lo que deseo irreflexivamente: no ver la estupidez y la ignominia de mi situación. Hacia las tres llega ella. Cuando me ve, no dice nada. Me parece que viene aplacada. Empiezo a decirle que yo he sido provocado por sus reconvenciones. Me contesta, sin mudar la expresión de severidad y de terrible abatimiento de su cara, que no ha venido a pedir explicaciones sino a llevarse los niños, porque no podemos vivir juntos. Le respondo que no es culpa mía, sino suya, por haberme puesto fuera de mí. A esto, mirándome con aire severo y solemne, dice: “¡No sigas adelante, o te arrepentirás!” Yo repito que no puedo tolerar las comedias. Entonces grita no sé qué, y se precipita hacia su cuarto. Oigo rechinar la llave; se encierra.

Empujo la puerta. Silencio. Furioso, me voy. Media hora después viene Lisa corriendo y deshecha en llanto:

“¡Qué! ¿Ha sucedido alguna cosa?” “¡No se oye a mamá!” Vamos. Empujo con todas mis tuerzas la puerta. El pasador está mal echado, cede, y se abren las hojas. Me acerco a la cama. En enaguas y con botas altas mi mujer está tendida en la cama en una postura incómoda. En la mesa veo un frasco de opio vacío. La hacemos volver en sí. Vienen las lágrimas, y en seguida la reconciliación. Es decir, la reconciliación no: en su fuero interno cada uno conserva su odio hacia el otro y la irritación causada por esta pelea, cuya responsabilidad nos atribuimos recíprocamente. Pero, es preciso poner término de algún modo a todo aquello, y la vida vuelve a seguir su curso, como antes. Escenas como ésa, y peores aún, las teníamos constantemente todas las semanas o todos los meses, cuando no todos los días. ¡Y siempre lo mismo! Una vez ya había tomado un pasaporte para el extranjero —la pelea duró dos días. Pero otra vez hubo semiexplicaciones, semirreconciliaciones, y me quedé.

XXI

—He ahí en qué circunstancias vivíamos, cuando hizo su aparición este hombre. Vino a Moscú ese *señor* —se llamaba Trujachevski— y fue a casa. Era de mañana. Lo recibí. En otra época nos tuteábamos, y él intentó restablecer el “tú”, usando frases intermedias entre “tú” y “usted”; pero yo le di el tema en “usted” resueltamente, y se sometió en seguida. Me desagradó hasta el extremo, a primera ojeada. Pero —¡cosa extraña! — una fuerza oculta, fatal, me inducía a no ahuyentarlo, a no alejarlo, sino, al revés, a dejarle acercarse. ¿Había nada más sencillo que hablar con él fríamente y despedirlo sin presentarlo a mi mujer? Pues yo: como adrede hablé de su violín, dije que me habían dicho que lo había abandonado. Contestó que, al contrario, tocaba entonces más que antes. Recordó que yo también había tocado en otros tiempos, respondí que no tocaba más, pero que mi mujer tocaba muy bien. ¡Cosa singular! Desde el primer día, desde la primera hora de mi encuentro con él, mis relaciones con Trujachevski fueron tales y como hubieran podido ser después de todo lo que ocurrió. Había no sé qué tensión en mis relaciones con él. Notaba cada palabra, cada expresión de él o mía, y les atribuía importancia. Lo presenté a mi mujer. En seguida se habló de música y él se ofreció a tocar con ella. Mi mujer, como siempre sucedía últimamente, estaba muy elegante y atrayente, de una belleza perturbadora. Él le había gustado visiblemente desde la primera mirada. Además, ella se alegró de tener el placer de tocar acompañada de violín, lo que le gustaba mucho, como que, al efecto, alquilaba a veces un violinista de orquesta, y su cara expresó esta alegría. Pero, al dirigirme una mirada, adivinó mis sentimientos, y cambió de expresión. Entonces empezaron las comedias y los engaños mutuos. Yo ponía cara placentera, haciendo como que todo aquello me agradaba infinitamente. Él miraba a mi mujer como todos los libertinos miran a las mujeres guapas, afectando no interesarse más que en la conversación, es decir, en lo que no le interesaba ni por asomo; ella quería aparecer indiferente; pero mi expresión, mi falsa sonrisa de celos, que

conocía tan bien, y la mirada libidinosa de él, la excitaban de un modo manifiesto. Después de la primera entrevista noté ya que sus ojos se animaban de un brillo extraño, y es probable que, gracias a mis celos, se establecía inmediatamente entre los dos esa especie de corriente eléctrica que provoca algo así como una identidad de la expresión, de la sonrisa y la mirada. Ella se sonrojaba, se sonrojaba él; sonreía ella, sonreía él. Hablamos de música, de París, de una porción de pequeñeces. Él se levantó para marcharse. Se quedó en pie sonriendo, contoneando la cadera, sobre la cual apoyaba el sombrero, y mirándonos a uno y otro alternativamente, como si esperase lo que haríamos. Me acuerdo de aquel minuto; me acuerdo, porque pude no evitarlo, y entonces no hubiera sucedido nada. Pero los miré a los dos: “¡No vayas a creerte que puedes darme celos!”, pensé, dirigiéndome a ella mentalmente. “O que te tengo miedo”, le dije mentalmente a él. Y lo invité a llevar alguna noche su violín y a tocar con mi mujer. Ella levantó asombrada los ojos hacia mí; su cara se tiñó de púrpura, como si la sobrecogiese un terror repentino, y empezó por excusarse, diciendo que no tocaba bastante bien. Esa negativa me excitó e insté aún más. Recuerdo la extraña impresión con que yo miraba la nuca, el cuello blanco de aquel hombre, en contraste con el pelo partido con una raya, cuando salió dando saltitos a la manera de un pájaro. No podía menos de confesarme que su presencia me hacía sufrir. “En mi mano está —pensaba— arreglar las cosas de modo que no vuelva a verlo nunca. Pero, ¿es que entonces debo confesar que le temo? No, no le temo; sería demasiado humillante”. ¡Y allí mismo, en la antecámara, sabiendo que oía mi mujer, insistí en que fuese con su violín aquella misma noche! Lo prometió y se fue. Llegó por la noche con el violín, y tocaron juntos; pero la ejecución anduvo como Dios quiso durante largo rato, porque no teníamos la música necesaria, y la que había no podía tocarla mi mujer sin preparación. Yo tenía mucha afición por la música y les ayudaba, arreglando el atril para él y volviendo las hojas. Terminaron por tocar algo, algunas romanzas sin palabras y una sonatina de Mozart. Trujachevski tocaba de un modo maravilloso; tenía en alto grado lo que se llama tono. Además, un buen gusto, noble y refinado, que no correspondía del todo a su carácter. No hay que decir que llevaba mucha ventaja a mi mujer; la ayudaba, y al propio tiempo alababa cortésmente su ejecución. Ella se portaba muy bien.

Parecía embebida en la música nada más; se mostraba muy sencilla y natural. En cuanto a mí, aunque fingía que me interesaba sólo la música, no cesé en toda la noche de dejarme torturar por los celos. Desde el primer momento en que su mirada cruzó la de mi mujer, vi que la bestia que estaba en ambos, sin preocuparse de las convenciones sociales o de rango, preguntó: “¿Se puede?” y contestó: “Oh sí, y mucho”. Vi que él nunca había esperado encontrar en mi esposa —una dama moscovita— una mujer tan atrayente, y se alegraba mucho de ello. Porque no tenía ninguna duda de que ella estaba conforme. La sola cuestión era de evitar que molestase el insoportable marido. Si yo hubiese sido puro no lo habría comprendido; pero, como la mayoría, también pensaba así de las mujeres antes de casarme, y por lo tanto leía en su alma como en un libro. Lo que me atormentaba sobre todo era la certidumbre de que, por lo tocante a mí, ella no sentía más que una perpetua irritación, interrumpida a veces por accesos de sensualidad convertidos en hábito, mientras que aquel hombre, gracias a su elegancia exterior y a su novedad, gracias singularmente a su talento, notable a todas luces; gracias a la aproximación que se establece al tocar juntos; gracias a la influencia que la música, sobre todo el violín, produce sobre los temperamentos sugestionables, aquel hombre, digo, no sólo debía agradarla, sino infaliblemente y sin dificultad ninguna vencerla, arrollarla, retorcerla, y hacer de ella lo que quisiese. No podía menos de ver eso, y sufría horriblemente. Pero a pesar de esto —y aun quizá por eso mismo— una fuerza desconocida me impulsaba a ser, no ya cortés, sino amable con él. No sabré decir si lo hacía por mi mujer o por él, para demostrar que yo no temía al otro, o por mí mismo, por engañarme; pero desde mis primeras relaciones con él no lograba sentirme natural. Para no ceder a la tentación de matarlo inmediatamente, tenía que exagerar mi amabilidad. Le servía vinos caros en la mesa, me entusiasmaba con su manera de tocar, le hablaba con la sonrisa más amable, y lo invitaba a comer y a tocar otra vez con mi mujer el domingo próximo. Le dije que convidaría a algunos amigos aficionados para que lo oyesen. Sí, así terminó.

Y Posdnichev, fuertemente emocionado, cambió de postura haciendo su acostumbrado resoplido.

—Es una cosa extraña la impresión que me causaba la presencia de aquel hombre —empezó otra vez, haciendo esfuerzos visibles para tranquilizarse—. Dos o tres días más adelante volvía a mi casa de una exposición, cuando, al pasar por la antecámara, sentí de pronto un gran peso en el corazón, sin poder explicarme lo que fuese. Y era que había visto algo que me lo recordaba. Caí en la cuenta al entrar en mi gabinete, y volví a la antecámara para confirmar mi conjetura. Sí, no me engañaba; era su paletó, sabe usted, uno de esos paletós a la moda. (Me fijaba involuntariamente con una atención extraordinaria en todo lo que se refería a él.) Interrogué al criado. Era eso: estaba aquí. Pasé a la sala no por el salón, sino por el cuarto de estudio de los niños. Lisa, mi hija, estaba sentada con un libro delante, y el ama se hallaba junto a la mesa con la pequeña, dando vueltas a una tapa de no sé qué. La puerta de la sala estaba cefrada, pero oía arpegios lentos y las voces de él y de ella. Escucho, pero no puedo distinguir las palabras. Es evidente que los sonidos del piano tienen el propósito de amortiguar sus palabras, quizá besos... ¡Dios mío! ¡Lo que sentí en mí! ¡Lo que imaginé! Cuando me acuerdo de la bestia que alentaba dentro de mí en aquel instante, me sobrecojo de espanto. Se me oprimió el corazón, se paralizó, y empezó a golpear después como un martillo. El sentimiento principal, como sucede en todos los malos sentimientos, era de lástima por mí. “Delante de los niños, delante del ama” —pensaba. Debía de parecer terrible porque Lisa me miraba con ojos extraños. ¿Qué hacer?, me pregunté a mí mismo. ¿Entrar? No puedo. Dios sabe lo que haría. Pero tampoco puedo irme. El ama me miraba como si comprendiese mi situación. “No tengo más remedio que entrar” — me dije—, y abrí la puerta rápidamente. Él

estaba sentado al piano y hacía arpeggios, con sus largos dedos blancos encorvados hacia arriba. Ella estaba en pie en el ángulo del piano de cola, con un papel de música delante. Fue la primera vez que me vio o me oyó, y alzó los ojos hacia mí. Se asustó y fingió no estar asustada, o en realidad no se asustó, pero no se estremeció ni hizo ningún movimiento. Solamente se sonrojó y aun esto fue después.

—¡Cuánto me alegro de que vengas! No hemos resuelto lo que vamos a tocar el domingo —dijo en tono muy diferente del que hubiese empleado a estar conmigo a solas. Me sublevó aquel tono y aquel “nosotros”, hablando de ellos dos. Lo saludé a él silenciosamente. Me estreché la mano, dirigiéndome una sonrisa que se me antojó burlona, y me dijo que había llevado música para prepararse para el concierto del domingo, pero que estaban en desacuerdo sobre la elección de piezas: ¿algo más bien difícil, clásico, una sonata de Beethoven, o pequeñas piezas ligeras? Todo eso era tan natural, tan sencillo, que parecía imposible encontrar nada que decir. Y al mismo tiempo estaba seguro de que era falso todo esto, de que se encontraban de acuerdo para engañarme.

Una de las mayores torturas para el celoso (y no hay quien no lo sea en nuestra vida social) es esa multitud de situaciones mundanas en que se admite una intimidación grandísima y peligrosa entre un hombre y una mujer. Hay que pasar por ser la irrisión de todo el mundo, si quiere uno impedir la intimidad del baile, la intimidad de los médicos con sus enfermas, la intimidación en las ocupaciones artísticas, la pintura, y sobre todo, la música. Para que las gentes trabajen juntas en el arte más noble, en la música, se necesita cierta intimidad y esta intimidad no tiene nada de censurable; sólo un marido estúpido y celoso puede ver en ello algo indeseable. Y, sin embargo, cualquiera sabe que, gracias precisamente a esas ocupaciones, y sobre todo a la música, se preparan gran número de adulterios en nuestra sociedad. Evidentemente los dejé perturbados, con la misma perturbación que experimentaba yo; por largo ralo no pude decir nada. Estaba como una botella que se pone boca abajo y de la que el agua no sale porque está demasiado llena. Quería insultar al hombre, quería echarlo, pero sentía que otra vez tenía que ser amable con él. Y así hice. Hice como que lo aprobaba todo, merced a ese extraño sentimiento que me obligaba a tratarlo a él con tanta más amabilidad cuanto más penosa me era su presencia. Dije que me atenía a su buen gusto, y aconsejé a mi mujer que hiciese otro tanto. Se quedó lo estrictamente preciso para borrar la impresión desagradable de mi brusca entrada con una cara asustada, y de mi silencio, y se marchó, fingiendo que ahora habían decidido qué tocar al día siguiente. Por mi parte, me quedé convencido de que, al lado de las cosas que los preocupaban, la música les era perfectamente indiferente. Lo acompañé con marcada cortesía hasta la antecámara (¿cómo no acompañar a un hombre que había venido para turbar la tranquilidad y destruir la ventura de toda una familia?), y estreché su mano blanca y mórbida con la mayor amabilidad.”

XXII

—En todo aquel día no hablé a mi mujer. Me era imposible. Sentía tal odio a su aproximación, que me temía a mí mismo. En la mesa me preguntó delante de los niños cuándo salía de viaje. Yo tenía que ir la semana siguiente a una reunión en el interior. Le dije la fecha. Me preguntó si no necesitaba nada para el camino. No respondí; permanecí callado en la mesa, y en silencio me retiré a mi gabinete. En esos últimos tiempos no entraba ella nunca a mi gabinete, y menos a tal hora. Me acuesto en el gabinete y me entrego a la ira. De pronto oigo sus pasos. Entonces se me viene a la cabeza la idea innoble y terrible de que, como la mujer de Urías, intenta ocultar una falta ya cometida, y que por eso viene a mi cuarto a aquella hora desacostumbrada. “¿Es posible que venga a mi cuarto?”, pensé, al oír acercarse sus pisadas. “Si viene es que tengo razón”. Me invade el alma un odio inexpr-esable. . . Los pasos van acercándose, acercándose. ¿Pasará de largo hacia la sala? No. Rechinan los goznes, y aparece en la puerta su silueta elevada y hermosa. En la cara, en los ojos, observo una timidez, una expresión insinuante que procura ocultar, pero que a mí no se me escapa, como no se me oculta su sentido. Estuve a punto de ahogarme, a puro contener la respiración; y sin dejar de mirarla, agarré mi cigarrera y me puse a fumar.

—¿Cómo se entiende? Viene una a buscarte para que hablemos, ¡y te pones a fumar!

—Y se sentó muy cerquita de mí en el canapé, arrimándose a mi hombro. Retrocedí para no tocarla.

—Veo que te disgusta que toque el domingo. —No, nada de eso —dije.

—Pero, ¿es que no lo veo yo?

—¡Bueno! ¡Pues te felicito que lo veas! Pues yo no veo nada sino que te comportas como una *cocotte*... ¡Tú te gozas en todas las ignominias, y yo las detesto!

—Si te pones a blasfemar como un carretero, me marchó. —¡Vete!... Pero ¡sabes que, si para ti no es nada la honra de la familia, a mí me interesa la honra, entiéndelo, no tú!... ¡Tú puedes irte al infierno!

—Pero, ¿qué hay?

—¿Aparentaba no comprenderme, o no comprendía en realidad de qué se trataba? Pero se enfadó, se dio por ofendida. Se incorporó, pero no se fue, sino que se detuvo a medio camino de la puerta. —Te has vuelto absolutamente intratable —empezó ella—. Un ángel no se conformaría con tal carácter —y como siempre, tratando de herirme lo más hondo posible, me recordó algo que había hecho con mi hermana. (Aludía a un altercado con mi hermana, en que, fuera de mí, le dije no sé cuántas frescas. Y sabía ella que eso me torturaba, y procuraba pincharme.) Después de esto, no tengo ya que asombrarme de ninguna cosa. “¡Eso es!

¡Ofender, humillar, deshonrar, y encima venirme con acusaciones!” Y súbitamente se apoderó de mí una ira, un odio, como no me acordaba haberlo experimentado nunca. Por primera vez sentí tentaciones de expresar físicamente ese odio. Di un brinco, pero en el mismo instante comprendí mi estado, y me pregunté si sería cuerdo abandonarme a mi furor... Sí, me respondí en seguida, sería insensato, con eso la asustaría; y, en vez de contener mi cólera, me puse a exacerbarla, y a alegrarme de que creciera en mí.

“—¡Vete, o te mato! —grité, asiéndola de un brazo.

“Al decirlo, aumentaba deliberadamente la entonación de cólera de mi voz. Debía de ser terrible, porque ella se asustó tanto que no tuvo la fuerza de irse y sólo repetía: “Vasia, ¿qué tienes, qué te pasa?”

“—¡Vete! —rugí yo con más fuerza—. ¡Nadie más que tú es capaz de ponerme en este estado, nadie! ¡Vete, porque no respondo de mí!

“Me embriagaba con mi furor y quise hacer algo extraordinario que mostrara el grado extremo de ese furor. Sentía unos deseos atroces de pegarle, de matarla; pero sabía que eso no era posible, y por lo tanto me contuve, pero para dar escape a mi furor, agarré un pisapapeles, y gritando otra vez: “¡Vete!”, lo tiré al suelo hacia donde ella estaba. Apunté con cuidado para que cayese cerca, nada más. Entonces se marchó, pero se detuvo en el umbral. Y en ese momento, mientras aún me veía (lo hacía para que me viera) empecé a agarrar cosas, candeleros, el tintero, y los tiré también, sin dejar de gritar: “¡Vete, que no respondo de mí!” Ella se fue y me calmé inmediatamente. Una hora después entró en mi cuarto el ama de casa, diciendo que mi mujer estaba con un ataque de histerismo. Fui a verla: sollozaba y reía, sin poder hablar, temblando con todo su cuerpo. No fingía: estaba mala de veras. Hacia el amanecer se calmó, e hicimos las paces bajo el influjo de ese sentimiento, que llamábamos “amor”. Cuando le dije, después de reconciliarnos, que tenía celos de Trujachevski, se echó a reír, sin turbarse, con la mayor naturalidad: ¡tan extraña le parecía a ella misma la posibilidad de ser atraída por semejante hombre!

“—¿Te parece que un hombre así puede inspirar a una mujer honrada más sentimiento que el gusto de oírle tocar? Pero, si tú quieres, nada me importa no volver a verlo nunca, ni aun el domingo, a pesar de estar hechas las invitaciones. Escríbele que me hallo indisputada, y asunto concluido. Sólo me molesta una cosa; y es ¡que alguien —y sobre todo él mismo— pueda soñar que es peligroso! Soy demasiado orgullosa para permitir que se piense esto.

“Y no mentía: creía lo que estaba diciendo; hablaba así esperando provocar en su alma, con sus propias palabras, el desdén hacia aquel hombre, y precaverse de ese modo contra él. Pero no lo conseguía. Todo conspiraba contra ella, y más que todo, la malhadada música. De esta suerte acabó la querrela; se reunieron nuestros invitados el domingo, y volvieron a tocar juntos.”

XXIII

—Creo superfluo decir que yo era muy vanidoso. Sin vanidad, con la vida que nosotros hacemos no tendríamos por qué vivir. Así, pues, me ocupé de disponer con el mayor gusto posible la comida y la velada musical del domingo. Yo mismo compré una porción de cosas para la comida, e hice las invitaciones. Los invitados llegaron a las seis, y, tras ellos, se presentó él, de frac y con gemelos de diamante de bastante mal gusto. Se movía con desenvoltura, respondía a todos en el acto, con una sonrisa de satisfacción y de inteligencia, ya sabe usted, con esa expresión particular que quería decir: “Todo lo que hagan y digan ustedes será ni más ni menos lo que yo me esperaba”.

No había incorrección en su persona que no observase yo entonces con íntimo regocijo, porque esas faltas debían tranquilizarme, confirmándome en la idea de que mi mujer no podría rebajarse, como ella misma había dicho, hasta el grado de inferioridad de aquel hombre. No me permitía sentir celos. Primero, porque ya me había torturado lo bastante y tenía que descansar; segundo, porque quería creer las protestas de mi mujer y las creía. Pero a pesar de que no sentía celos, me fue imposible mantenerme natural con él ni con ella y durante la comida y parte de la velada que transcurrió hasta empezar la música, seguía sus miradas y gestos. La comida fue, como cualquiera comida, enojosa y convencional. La música empezó temprano. ¡Oh! ¡Cómo me acuerdo de todos los pormenores de aquella velada!; recuerdo cómo llevaba él el violín, cómo abrió la caja, cómo quitó la funda bordada por una mano de dama, y cómo empezó a afinar el instrumento. Recuerdo cómo mi mujer se sentó con una fingida indiferencia, bajo la cual advertí que ocultaba una gran timidez, una timidez debida, sobre todo, a su poco dominio del arte musical. Se sentó con esa indiferencia fingida delante del piano, y entonces empezaron los *la* de rigor, los *pizzicati* de violín y el arreglo de los papeles. Recuerdo en seguida cómo se miraron y dirigieron una ojeada a las personas del auditorio, que iban acomodándose en sus puestos. Cómo luego se dirigieron algunas palabras, y empezó la música. Tocó los primeros acordes. Su cara »e volvió seria, severa, simpática y, prestando el oído a los sonidos emitidos por él, con dedos cuidadosos tocó las cuerdas. El piano le respondió, y empezó.

Posdnichev se detuvo, y varias veces emitió sus característicos resoplidos. Quiso seguir hablando, pero gruñó y calló otra vez.

—Tocaron la *Sonata a Kreutzer*, de Beethoven —continuó contando—. ¿Conoce usted el primer *presto*? ¿Lo conoce? — exclamó—. ¡Uh! Uuu... ¡Qué cosa tan terrible esa sonata, precisamente este *presto*! ¡Y qué cosa tan

terrible la música en general! ¿Qué es? No comprendo. ¿Qué es la música? ¿Qué hace?

¿Por qué hace lo que hace? Se dice que la música influye en el alma para elevarla. ¡Tontería! ¡Mentira! Influye, sí, influye espantosamente (hablo por mi cuenta), pero no de una manera ennoblecedora. ... ni ennoblecedora ni envilecedora, sino de una manera irritante. ¿Cómo diría yo? La música me hace olvidar mi situación verdadera; me transporta a un estado que no es el mío, bajo su influjo me parece que siento lo que en realidad no siento, que comprendo lo que no comprendo, que puedo lo que no puedo. Me lo explico por el hecho de que la música me parece obrar como el bostezo o la risa: yo no tengo ganas de dormir, pero veo bostezar y bostezo; no hay de qué reír, pero me río cuando oigo reír. La música me transporta inmediatamente al estado de ánimo en que se hallaba el que la escribió. Me confundo con su alma, y paso con él de un estado a otro, mas, ¿por qué lo hago? No lo sé. Ahora, el que escribió la *Sonata a Kreutzer*, Beethoven, ése sí, sabía por qué se encontraba en cierto estado: semejante estado le indujo a realizar ciertas acciones y, por lo mismo, tenía un sentido para él; pero para mí no tiene ninguno. Por lo tanto, la música solamente irrita, no resuelve. Se toca, por ejemplo, una marcha militar; pasan los soldados, al son de esa marcha, y ha cumplido su propósito. Se toca un baile; he concluido de bailar, y también, la música ha cumplido su propósito; se canta una misa. comulgo, y de nuevo cumplió su propósito la música. . . ; pero la otra música provoca una irritación sin que se encuentre en esa irritación lo que procede hacer, por eso la música obra a veces de un modo tan espantoso, tan terrible. .. En China la música es cosa del Estado. Y así debe ser. ¿No hay más que consentir al primer advenedizo que hipnotice a una o varias personas, para que después haga de ellas lo que le plazca? ¿Y se puede tolerar, sobre todo, que el hipnotizador sea el primer individuo inmoral que se presente? Es un poder espantoso en manos de cualquiera. Por ejemplo esta misma *Sonata a Kreutzer*, el primer *presto* de esa *Sonata a Kreutzer*, ¿se lo puede tocar en salones en medio de damas escotadas?; quiero decir, ¿tocarlo liso y llano, y después de acabado, aplaudir, y pasar a comer helados y a charlar del último chisme? Esas cosas no se pueden tocar más que en ciertas circunstancias importantes, significativas, y sólo cuando hay que provocar ciertas acciones correspondientes a tal música. Tocar, luego hacer lo que ha sugerido la música. Pero promover una energía o un sentimiento que no corresponden a la ocasión ni al sitio, y que no se gastan en nada, no puede menos de influir peligrosamente. Sobre mí en particular, ese tiempo obró de una manera terrible; fue como si me nacieran nuevos sentimientos, nuevas virtudes que antes ignoraba. “¡Ahí Sí, eso es; ni remotamente como yo vivía y pensaba antes, sino así”, parecía decirme una voz interna. ¿Qué era aquello nuevo que entonces aprendía? No me lo explicaba, pero algo nuevo me colmaba de felicidad. Veía bajo un prisma distinto las figuras presentes, inclusive la de él y la de mi mujer.

“Después del *presto*, acabaron por el *andante*, hermoso, pero ordinario, no muy nuevo, de variaciones triviales, y por el final, ya completamente flojo. Luego tocaron todavía, a petición de los invitados, una *Elegía*, de Ernst y algunas otras cositas. Todo eso estaba muy bien, pero no me produjo ni la décima parte de impresión que me había causado lo primero. Todo esto sucedía sobre el fondo creado por lo primero. Me sentí animado y alegre durante toda la noche. En cuanto a mi mujer, jamás la vi como aquella noche. Aquellos ojos brillantes, aquella severidad significativa de su expresión mientras tocaba, y aquella completa languidez, aquella débil sonrisa como lastimosa y beatífica, luego que hubo concluido, todo eso lo veía sin encontrar en ello nada de extraordinario, creyendo que experimentaba lo mismo que yo, que, de la misma manera que a mí, se le revelaban, se le recordaban nuevos sentimientos jamás experimentados. La velada terminó satisfactoriamente y todos se fueron. Sabiendo que de allí a dos días yo tenía que marchar a la reunión de que he hablado, Trujachevski, al despedirse de mí, dijo que esperaba tener otra ocasión de repetir el placer de esta velada. Inferí de ello que estimaba imposible ir a casa durante mi ausencia, y eso me agradó. Resultaba que como yo no había de regresar hasta después de su marcha, no nos veríamos más. Por vez primera le estreché la mano con verdadero placer, y le di las gracias por el rato agradable que me había proporcionado. Se despidió asimismo definitivamente de mi mujer. Y la despedida de ambos me pareció de lo más natural y correcto. Todo iba a maravilla. Los dos, mi mujer y yo, nos retiramos muy contentos de aquella velada.”

XXIV

—Dos días después, marché tranquilo y de buen humor a la provincia, después de despedirme de mi mujer. En el distrito había siempre mucho que hacer: era un mundo y una vida aparte. Durante dos días pasé diez horas de sesión. El día siguiente, me trajeron al despacho una carta de mi mujer, que leí allí mismo. Me hablaba de los niños, del tío, del ama, de sus compras y, como una de tantas cosas, me decía que Trujachevski le había llevado los papeles de música prometidos, y le había propuesto volver a tocar, pero que ella había rehusado. Por mi parte, no me acordaba de tal promesa de papeles; estaba en la creencia de que su despedida de aquella noche había sido definitiva; así que la noticia me causó una sorpresa desagradable. Pero tenía tanto que hacer, que no tuve el tiempo de pensar, y tan sólo a la noche, de regreso a mi alojamiento, releí la carta. Además de que Trujachevski había estado en mi casa en mi ausencia, todo el tono de la carta me pareció artificial. La fiera rabiosa de los celos empezó a rugir en su antro, y pareció querer saltar; pero yo tenía miedo a esa fiera, y me apresuré a encerrarla. “¡Qué sentimiento tan infame el de los celos! ¿Hay nada más natural que lo que escribe?” Me acosté, y empecé a reflexionar en los asuntos pendientes. Durante esas asambleas siempre dormía mal en

mi nueva habitación. Sin embargo, aquella noche me dormí en seguida. Pero, como a veces sucede, me desperté de pronto como una especie de sacudida eléctrica. Me desperté con el pensamiento de mi mujer, de mi amor corporal hacia ella, de Trujachevski, y me imaginé que entre los dos se había consumado todo. Me agarró el corazón la rabia y el horror. Pero intenté calmarme. “¡Qué tontería! —me decía—.

¡Si no hay ningún motivo, si no hay nada y nunca hubo! ¿A qué humillarnos a ella y a mí suponiendo tales horrores? Una especie de músico de alquiler, conocido como una mala persona, frente a una mujer respetable, a una madre de familia, a *mi* esposa, ¡qué estupidez!” —pensaba por un lado. Pero por otro—: “¿Cómo no habría de ser, cómo no había de suceder eso mismo, tan sencillo y comprensible, en cuyo nombre me había casado con ella, aquello mismo en cuyo nombre vivía con ella, que era lo único que yo buscaba en ella y, por consiguiente, lo que desearían los demás, y también ese músico? No está casado; tiene buena salud (recuerdo cómo crujían entre sus dientes los cartílagos de las chuletas, y la avidez con que acercaba a sus labios rojos el vaso de vino); bien alimentado, de piel lisa, no sólo carente de reglas de conducta, sino que evidentemente tiene por regla aprovechar el placer que se presenta. Entre ellos existe el lazo de la música, la más refinada lubricidad sensual. ¿Qué puede detenerlo? Nada. Al revés, todo lo atrae. ¿Y ella? Ella... fue y sigue siendo un misterio. Yo no la conozco. La conozco sólo como animal. Y a un animal no hay nada que pueda ni deba detenerlo. Tan sólo entonces recordé la expresión que ofrecían sus caras aquella noche, cuando, después de la *Sonata a Kreutzer*, tocaron un trozo apasionado, no sé de qué, pero, en fin, apasionado hasta rayar en la pornografía”. “¿Cómo he podido marcharme?” —me decía, al recordar sus caras—. ¿No era evidente que aquella noche todo había sucedido entre ellos? ¿No era evidente que ya en aquella noche, lejos de mediar ningún obstáculo entre ellos, los dos, y sobre todo ella, sintieron cierta vergüenza después de lo que les había pasado? Recordé con qué languidez, con qué beatitud sonreía débilmente, al enjugarse el sudor del encendido rostro cuando yo me acerqué al piano. Ya entonces evitaban mirarse, y sólo a la cena, cuando él le echaba agua, se miraron y sonrieron imperceptiblemente. Me acordaba entonces con espanto de aquella mirada interceptada por mí y de aquella leve sonrisa. “¡Sí, consumado todo!” me decía una voz; y otra replicaba inmediatamente: “Estás loco. ¡Es imposible!” Sentí angustia de las tinieblas, froté una cerilla, y tuve miedo en aquel tabuco de papel amarillento. Encendí un cigarrillo; y, como sucede siempre, cuando empieza uno a dar vueltas dentro de un círculo de contradicciones insolubles, fumaba; y yo fumaba cigarrillo tras cigarrillo para aturdirme y no ver mis contradicciones. No dormí en toda la noche; ya las cinco, juzgando imposible permanecer más tiempo en aquella tensión, resolví partir inmediatamente y me levanté, desperté al criado que me servía y le mandé a buscar caballos. Envié una nota a la asamblea, diciendo que me llamaba a Moscú un asunto urgente, y suplicaba me sustituyesen con otro miembro. A las ocho monté en coche, y partí.

XXV

—Había que andar treinta y cinco *verstas* en coche y ocho horas en tren. El viaje en coche fue muy agradable. Era un día frío de otoño con brillante sol —ya sabe usted: ese tiempo en que se imprimen las ruedas en la carretera reblandecida—. Los caminos son llanos; la luz viva; el aire tonificante. Viajar en *tarantass* era cómodo. Cuando amaneció partí y me sentí aliviado. Mirando los caballos, los campos y las gentes que encontrábamos, olvidaba a dónde iba. A veces me parecía que sencillamente estaba volviendo a casa y que no existía nada de aquello que había motivado mi viaje. Y me sentía dichoso al olvidarme así. Pero cuando recordaba a donde iba, me decía:

“¡Ya veremos después! ¡Ahora no pienses en eso!” A medio camino ocurrió un accidente que me detuvo y a la vez me distrajo aún más; el *tarantass* se rompió, y hubo que componerlo. Este incidente asumió una gran importancia, porque hizo que me atrasara y llegara a Moscú no a las cinco de la tarde, como pensaba, sino después de las once, llegando a mi casa pasada la medianoche, puesto que no alcancé el expreso y tuve que tomar el tren ordinario. Los pasos para buscar una *telega*, las reparaciones, los pagos, el té en la posada, la conversación con el *dvornick*, todo eso me divertía. Hacia la caída de la noche, listo ya todo, volví a ponerme en camino. El viaje nocturno fue más atractivo que el de día... Luna nueva, un poco de escarcha, otro hermoso camino, los caballos, el alegre cochero.... y yo me deleitaba, sin pensar apenas en lo que me esperaba, o quizá por aquello mismo que sabía lo que me esperaba, decía un último adiós a las alegrías de la vida. Pero esa serenidad, ese poder de vencer mis preocupaciones, todo acabó con el viaje en coche. Una vez dentro del vagón, las cosas marcharon de otro modo. Aquellas ocho horas de tren fueron para mí tan terribles, que no las olvidaré en mi vida. ¿Era porque, al entrar en el vagón, me figuré al punto que ya había llegado, o por la excitación que nos produce el ferrocarril? Lo cierto es que, desde que me encontré en el tren, no podía ya dominar mi imaginación, que inflamando mis celos me trazaba sin cesar, y con una viveza extraordinaria, cuadros a cual más cínicos, siempre sobre el mismo tema: sobre lo que estaría pasando allá en ausencia mía, y cómo ella me engañaba. Me abrasaba la indignación, y me embriagaba el sentimiento de mi humillación al contemplar tales cuadros, y no podía arrancarme de ellos; no podía dejar de mirarlos, no podía borrarlos, no podía abstenerme de evocarlos. Como si esto no bastara, cuanto más contemplaba esos cuadros imaginarios, tanto más creía en su realidad. La viveza de tales imágenes parecía probar que lo que imaginaba era verdad. No parecía sino que un demonio inventaba y me inspiraba, a despecho mío, las más terribles reflexiones. Recordé una

conversación, que databa de larga fecha, con el hermano de Trujachevski, y me desgarraba el corazón con una especie de exaltación, al referirla a mi mujer y al músico. Hacía de eso mucho tiempo: pero lo recordé. El hermano de Trujachevski, a mi pregunta de si frecuentaba las casas públicas, me respondió que un hombre decente no va a sitios sucios e inmundos donde se puede contraer una enfermedad, cuando siempre se puede encontrar una mujer honrada. Y he aquí que él, su hermano, acababa de encontrar a mi mujer. “Cierto que ha pasado ya de la primera juventud. Le falta un diente de un lado, y es un tanto gorda —pensaba yo por él—. Pero, ¿qué le hemos de hacer? ¡Hay que aprovechar lo que sale!” “Sí, le hace favor tomándola por amante —seguía diciéndome—; verdad es que como no es peligrosa para su preciosa salud”. “Pero ino, no es posible! —replicaba alterado—. No ha podido ocurrir tal cosa, no ha podido suceder nada semejante. No hay motivo siquiera para suponerlo. ¿No me ha dicho ella misma que la sola idea de que pudiese tener celos de él la humillaba? ¡Sí, pero miente, siempre miente!” —gritaba yo, y todo empezaba de nuevo. No había más que dos viajeros en mi vagón: una viejita con su marido, los dos amigos de pocas palabras, y además bajaron en una de las estaciones, dejándome solo. Estaba como una fiera enjaulada; ya saltaba, adelantándome hacia la ventana, ya empezaba a andar, tambaleándome, como si esperase acelerar la marcha del tren; pero el vagón con sus banquetas y sus cristales no cesaba de retemblar, como ahora el nuestro... Posdnichev se levantó bruscamente; dio algunos pasos y volvió a sentarse.

—¡Oh! ¡Me dan miedo, me dan miedo los vagones de los ferrocarriles! Se apodera de mí el temor; sí, es terrible. Me senté de nuevo —prosiguió—. Me decía: “Hay que pensar en otra cosa. Por ejemplo, en el dueño de la posada donde tomé el té”. Y entonces surgió en mi imaginación el dueño con su larga barba, y su nieto, un mocito de la misma edad que mi Vasia. “¿Mi Vasia?

¿Estará viendo al músico abrazar a su madre? ¿Qué pasará en su pobre alma? Pero, ¿qué le importa eso a ella? Está enamorada”. Y volvía a empezar lo mismo. “No, no... Pensaré en la inspección del hospital. Sí, cómo ayer un enfermo se quejaba del médico. El médico tiene bigotes como Trujachevski. Y con qué falta de pudor él... ambos, me engañaban, cuando decían que él se iba”. Y volvía a empezar. Todo lo que pensaba se relacionaba con él. Sufría horriblemente. La tortura principal era la incertidumbre, la duda, el desdoblamiento, de no saber si tenía que quererla u odiarla. Con gran contento me pasó por la mente la idea de bajar a los rieles, meterme debajo de los vagones, y acabar de una vez. Entonces, por lo menos acabarían las dudas. Lo único que me detuvo era que me tenía lástima a mí mismo, la que en seguida provocó el odio hacia ella. Para él mi odio estaba mezclado de un sentimiento extraño —conciencia de mi humillación y de su victoria—, pero para ella mi odio era terrible. “No puedo matarme y dejarla libre. Es preciso que sufra algo, es preciso que comprenda, por lo menos, lo que he sufrido yo”, me decía. Salía en todas las estaciones para distraerme. En una de las estaciones vi que bebían en la cantina e inmediatamente fui a tomar *vodka*. A mi lado había un judío, bebiendo también. Se puso a hablarme, y yo para no quedarme solo en mi compartimiento, me fui con él a su coche de tercera, sucio, lleno de humo y sembrado de peladuras de girasol. Ahí me senté a su lado, y él habló mucho y contó anécdotas. Lo escuchaba, pero sin enterarme de lo que decía, pues seguía en lo mío. Él lo notó y reclamó atención para lo que decía. Entonces me levanté y volví a mi vagón. “Necesito reflexionar —me dije— si es cierto lo que pienso, si tengo motivos para atormentarme”. Me senté con ánimo de reflexionar tranquilamente; pero en seguida, en vez de entregarme a reflexiones serenas, volvimos a las andadas; es decir, volví a los cuadros y visiones por todo razonamiento. “¡Cuántas veces no me habré atormentado así (pensaba, acordándome de mis accesos de celos), para venir a parar a la postre en que no había nada! Ahora pasará lo mismo. Quizá, y sin quizá, la encontraré tranquilamente dormida; se despertará, se alegrará, y verá en sus palabras y en su mirada que no ha ocurrido ninguna cosa, que todo esto no viene a cuento. ¡Ahí ¡Si fuese así!... Pero no, eso ha sucedido ya demasiadas veces; ahora ya no ha de suceder más”, me decía una voz. ¡Y vuelta a empezar! Era esto el suplicio. No sería a un hospital de sifilíticos adonde yo llevaría a un joven para curarlo del deseo de las mujeres, sino a mi alma, para enseñarle los demonios que la estaban desgarrando. ¡Lo horrible era que me creyera con un derecho indiscutible al cuerpo de mi mujer, como si ese cuerpo fuera mío siendo al par de que yo no podía poseer ese cuerpo, que no era mío, sino que su dueña podía hacer de él lo que quisiese, y quería hacer de él lo que no quería yo! ¡Y yo no podía hacer nada ni contra ella ni contra él! Él, como el Vanka de la canción, cantaría, antes de subir a la horca, cómo había besado sus dulces labios, etc., y ganaría él. Con ella puedo hacer menos aún. *Si no lo ha hecho*, pero quiere hacerlo, y me consta que lo quiere, es peor aún: Valdría más que lo hubiese hecho para que yo sepa, para que desaparezca esta incertidumbre. No hubiera podido decir lo que deseaba. Deseaba que ella no quisiese lo que *tenía que querer*.

¡Una completa locura!

XXVI

—En la estación penúltima, cuando entró el conductor para recoger los billetes, salí a la plataforma del coche, y la idea de que allí, a dos pasos, me aguardaba el desenlace, aumentó aún más mi turbación. Tuve frío; me temblaba tanto la mandíbula, que daba diente con diente. Salí maquinalmente de la estación entre la multitud, tomé un coche y partí. Miraba a los raros transeúntes y a los porteros, y las sombras hechas por los faroles y por mi coche ya enfrente, ya atrás, sin pensar en nada. Al cabo de una media *versta* de trayecto, sentí frío en los

pies, y me acordé de que me había quitado los calcetines de lana en el vagón, y los había metido en el saco de viaje. ¿Dónde había puesto el saco? ¿Lo llevaba conmigo? ¡Sí! ¿Y la cesta? .. Eché de ver que había olvidado el equipaje. Saqué el billete; pero, reflexionando en seguida que no valía la pena volver, seguí mi camino. Por más esfuerzos que hago ahora para acordarme, no recuerdo mi estado de entonces, lo que pensaba, lo que quería: no sé nada. Lo único que recuerdo es que iba absorto en la idea de que se preparaba en mi vida un acontecimiento grave y terrible. ¿Sucedió ese grave acontecimiento, simplemente porque yo lo pensaba así, o es que tenía un presentimiento? No puedo decirlo. ¡Quizá sea también que, después de lo que pasó, todos los sucesos anteriores han adquirido en mi recuerdo un tinte lúgubre! Llegué a la escalinata. Era la medianoche pasada. Delante de la puerta había algunos *isvochiks* aguardando clientes, atraídos por las ventanas iluminadas (las ventanas iluminadas eran de nuestra sala y de nuestro salón de recepciones). Sin tratar de explicarme por qué estaban iluminadas tan tarde nuestras ventanas, subí la escalera, siempre en expectación de algo terrible, y llamé. Salió a abrirme el criado, un muchacho, muy solícito, pero muy tonto, llamado Gregorio. Lo primero que saltó a mi vista, en la antecámara, fue un paletó colgado en el perchero entre otros abrigos. Hubiera debido extrañarme; pero no me extrañó: me lo esperaba. “Es lo que pensaba”, me dije, luego que pregunté a Gregorio quién estaba en casa y nombró a Trujachevski. Me informé de si había otras visitas. “Nadie”, respondió. Recuerdo de qué manera me lo dijo, con un tono que creía ser agradable y disipar mis dudas. “Bien, bien”, tenía yo el aspecto de decirme.

“—¿Y los niños?”

“—Están buenos, gracias a Dios. Hace mucho que duermen. “Apenas respiraba. No podía contener ni el temblor de mi mandíbula. Luego, no era lo que pensaba; antes creía que había sucedido una desgracia, pero resultaba que todo iba bien. Pero ahora las cosas no iban como antes, he aquí todo lo que me imaginaba, pensando que sólo lo imaginaba, pero que ahora ha sucedido de veras. Helo aquí todo... Me faltó poco para sollozar; pero inmediatamente me sugirió el demonio: “Llora, ándate con sentimentalismos, para que ellos se separen tranquilamente, y no haya prueba, y te pases dudando y sufriendo toda la vida”. Se desvaneció la lástima hacia mí, y surgió en mí un sentimiento extraño —no me creerá usted—, un sentimiento de alegría, que iba a terminar ahora mi pena, que ahora podría castigarla, podría deshacerme de ella, que podría dar rienda suelta a mi ira. Y di rienda suelta a mi ira: me convertí en bestia, en bestia malvada y astuta.

“—No, no —dije a Gregorio, que quería pasar al salón—. Lo que has de hacer es tomar un coche e irte corriendo por mi equipaje. Aquí tienes el billete. Anda —Se fue por el pasillo en busca de abrigo. Temiendo que me los asustase, lo acompañé hasta su cuarto, y esperé a que se arreglara. En el comedor se oían rumores de conversación y ruido de platos y cuchillos. Estaban cenando, y no habían oído la campanilla. “Con tal que no salgan...”, pensé. Gregorio se puso su gabán de cuello de astracán, y se marchó. Lo acompañé y cerré la puerta y al quedarme solo, me sentí inquieto, considerando que era preciso obrar al punto. ¿Cómo? ¡No lo sabía aún! Sólo sabía que había acabado todo, que no podía haber dudas respecto de su inocencia, y que en seguida iba a castigarla y a terminar mis relaciones con ella. Antes todavía tenía dudas; antes me decía: “Puede que no sea verdad; puede que me engañe”. A la sazón ya no había nada de esto. Todo se hallaba irrevocablemente resuelto. “Sola con él, de noche, en secreto, es el olvido de todos los deberes, o algo peor aún: ¡quizá hace alarde de esta audacia, de esta insolencia en el crimen, para que el exceso mismo de la osadía valga como una prueba de su inocencia!... Está bien claro todo. ¡No cabe duda!” Yo no temía más que una cosa: que huyesen cada uno por su lado, que inventasen alguna nueva mentira, y me privasen de pruebas materiales, evidentes. Y para sorprenderlos más pronto, me dirigí al comedor de puntillas, no por la sala, sino por la galería y por las habitaciones de los niños. En el primer cuarto dormía el niño. En el segundo se rebulló el ama seca, pareciendo querer despertarse, a lo cual yo me representé lo que pensaría cuando lo supiese todo, y me oprimió tanto la compasión hacia mí, que no pude contener las lágrimas. Para no despertar a los niños, me deslicé a pasos quedos por el corredor hacia mi despacho, y me dejé caer sollozando en el diván. “¡A mí, que soy un hombre honrado; a mí, al hijo de mis padres; a mí, que he soñado toda la vida con la felicidad del hogar; a mí, que jamás he hecho traición!... ¡Y ahí esos cinco hijos, y ella besando a un músico porque tiene los labios encarnados! ¡No, eso no es un ser humano; es una perra, una perra inmunda! ¡Junto al cuarto de los niños, por quien ha fingido amor durante toda su vida! ¡Y lo que me ha escrito!..., ¡y luego arrojarse a sus brazos con tal impudor! Y ¿qué sé yo? Puede que siempre haya sucedido lo mismo. Puede que haya tenido con criados los hijos que pasan por míos. Y si yo hubiese llegado mañana, habría sabido recibirme como de costumbre, con su talle gentil, con sus movimientos indolentes y graciosos (¡y creía ver su cara atractiva y odiada!), y esta fiera celosa se habría quedado por siempre dentro de mi corazón para desgarrármelo. ¿Qué dirá el ama? ¿Y Gregorio?.. .

¿Y la pobre Lisa? Comprende ya. . . ¡Oh!, ¡esa impudencia, esa mentira, esa sensualidad bestial que yo conocía tan bien!

“Quise levantarme y no pude. Me latía tan violentamente el corazón, que no podía tenerme sobre las piernas. “¡Moriré de una congestión, y ella será la que me haya matado! Eso es lo que quiere. ¿A ella qué le importa matar? Pero le vendría de perilla, y no he de ser yo el que le dé ese gusto. Sí, estoy yo aquí y ellos allá comiendo y riéndose, y. . . Ella podrá haber perdido su primera juventud, pero él no la ha desdeñado. Es que, después de todo, se conserva muy aceptable, y luego no es peligrosa para su preciosa salud. . . ¿Por qué no la ahogué entonces?”, me dije, acordándome de cómo la semana pasada la había echado de mi gabinete, rompiendo los trastos. Y recordé claramente la situación en que me hallaba entonces; no sólo la recordé, sino que experimenté

la misma necesidad de romper, destruir, que había sentido entonces. Recuerdo que quise obrar: se disiparon en mi cabeza todos los razonamientos, excepto los necesarios para la acción, y me encontré bajo el influjo de esa excitación física que experimentan la bestia y el hombre durante el peligro, cuando obran imperturbablemente, sin precipitación, pero también sin perder un minuto, persiguiendo un objetivo único y definido.”

XXVII

—Lo primero que hice fue quitarme las botas, y cuando me quedé en calcetines, me adelanté hacia la pared arriba del canapé, donde tenía colgadas armas de fuego y puñales, y descolgué un puñal corvo damasquino, de hoja muy aguda, que nunca había sido utilizado. Lo saqué de la vaina. Recuerdo que la vaina se me escurrió detrás del canapé y me dije: “Tendré que buscarla luego; no conviene que se pierda”. Después, me quité el abrigo, que aún llevaba puesto, y andando sigilosamente, de calcetines, me dirigí hacia allá. Y acercándome sin ruido, de pronto abrí la puerta. Me acuerdo de la expresión de sus semblantes. Me acuerdo de esta expresión porque desdespertó en mí una alegría dolorosa. Era una expresión de terror. Era exactamente lo que precisaba. Jamás olvidaré aquel espanto desesperado que se pintó en sus caras. Él me pareció que estaba en la mesa, y que cuando me vio u oyó, se puso en pie sobresaltado y retrocedió hacia el aparador. Lo único que se leía en su cara era el espanto. Miedo también podía leerse en la de ella, pero mezclado con algo distinto. Si el rostro de mi mujer no hubiese expresado más que terror, quizá no hubiese sucedido lo que sucedió, pero su rostro denunciaba —al menos creí verlo en el primer instante— la contrariedad, el disgusto de que se turbase su amor y su ventura con él. Parecía sólo desear que nada turbase su felicidad. Una y otra expresión no aparecieron en sus caras más que un momento. En la cara de él al espanto sucedió casi instantáneamente la interrogación. ¿Se podía o no mentir? Si se podía, forzoso era empezar; si no, iba a pasar alguna otra cosa; pero ¿qué? El hombre dirigió hacia mi mujer una mirada interrogadora. Me pareció que la expresión de angustia y de disgusto de su cara se trocó al mirarlo en una expresión de inquietud por él. Me detuve un instante en la puerta, escondiendo detrás de mí el puñal. De pronto, Trujachevski sonrió y con un tono indiferente hasta el ridículo dijo:

“—Nosotros, aquí, nos ocupábamos de música. .. “—No esperaba —empezó ella al mismo tiempo, acomodándose al tono del otro. Pero ninguno de ellos acabó. Sentí de nuevo ja necesidad de dar libre curso a mi violencia y me entregué a la cólera. No; no acabaron. Empezó aquella otra cosa que-él temía, ahogando lo que querían decir. Me lancé sobre ella, siempre con el puñal oculto, para que el otro no me impidiese asestar el golpe, en el costado, por debajo del seno. Había escogido el lugar desde el principio. En aquel momento, cuando me lancé sobre ella, Trujachevski se dio cuenta y, no me esperaba yo eso de su parte, me cogió rápidamente la mano gritando: “¡Repórtese usted! ¿Qué es lo que hace?... ¡Socorro!”

“Arranqué en silencio mi mano y me precipité sobre él. Nuestras miradas se cruzaron; de pronto empalideció tanto que hasta los labios se le pusieron blancos como la camisa, sus ojos fulguraron singularmente y, tampoco me lo esperaba, se escurrió por debajo del piano hacia la otra pieza. Quise perseguirlo, pero cayó sobre mi brazo izquierdo una cosa pesadísima. Era ella. Hice un esfuerzo para desasirme. Ella se aferró más tenazmente, sin soltarme. Ese obstáculo inesperado, esa carga y ese contacto repulsivo, me irritaron más. Yo sentía que estaba completamente loco y que debía tener una cara espantosa, lo cual me proporcionaba alegría. Tomé impulso, y con todas mis fuerzas le descargué un codazo en plena cara. Profirió un grito y soltó el brazo. Iba a perseguirlo a él, pero pensé que sería ridículo perseguir en calcetines al amante de mi mujer; y yo no quería ser ridículo sino terrible. A pesar de mi rabia furiosa, no perdía la conciencia de la impresión que producía y hasta me guiaba en parte esa impresión. Me volví hacia ella. Estaba caída en el diván y me miraba tapándose los ojos en donde había recibido el golpe. En su cara se leían el miedo y el odio hacia mí, su enemigo, como el ratón cuando se alza del suelo de la ratonera. Yo, por lo menos, no veía en ella más que ese miedo y ese odio hacia mí, miedo y odio provocados por su amor por el otro. Pero quizá me habría contenido aún y no hubiese hecho lo que hice, si se hubiese callado. Pero de pronto empezó a hablar, cogiéndome la mano armada del puñal:

“—¡Serénate! ¿Qué haces? ¿Qué tienes? ¡No ha habido nada... nada, nada!... ¡Te lo juro!

“Todavía hubiera demorado, pero esas últimas palabras, de las cuales inferí yo lo contrario, es decir que se había realizado todo, provocaron una respuesta. Y la respuesta debía corresponder al estado en que yo me había puesto y que iba siempre *in crescendo*, y debía seguir elevándose. El furor también tiene sus leyes. “—¡No mientas, bribona! ¡No mientas! —rugí y con la mano izquierda así sus manos, pero se desprendió. Entonces, sin soltar nunca el puñal, la agarré la garganta, la tiré al suelo y empecé a estrangularla. ¡Qué duro era el pescuezo!... Ella, con las dos manos se aferró a las mías, y las arrancó de su garganta, y yo, como si lo esperara, le asesté con toda mi fuerza una puñalada en el lado izquierdo, por debajo de las costillas. Decir que en los arrebatos de furor no sabe uno lo que hace, es una sandez, es falso. Yo me acuerdo de todo y no cesé ni por un instante de recordarlo. Cuanto más incitaba en mí mismo los vapores de mi rabia, tanto más lúcida brillaba en mí la luz de la conciencia, y me era imposible no ver todo lo que hacía. En cada segundo sabía lo que estaba haciendo. No puedo decir que supiese de antemano lo que iba a hacer, pero en el instante de hacerlo, y aun me parece que un poco antes, sabía lo que estaba haciendo lo suficiente para tener la posibilidad de arrepentirme, para decir que hubiera podido detenerme. Sabía que daba la puñalada por debajo de las costillas y que entraría el puñal. En el instante de hacerlo, sabía que estaba haciendo algo terrible, como jamás lo había hecho, y que

tendría consecuencias espantosas. Pero la conciencia de esto fue rápida como el relámpago y el hecho siguió inmediatamente. El acto tuvo en mi conciencia una claridad extraordinaria. Noté, recuerdo, la resistencia del corsé y de alguna otra cosa, y luego la penetración de la hoja en algo blando. Ella se agarró al puñal con las dos manos, se cortó con él, pero no pudo detenerlo. En la cárcel, cuando llegó a su término dentro de mí la revolución moral, pensé mucho en ese minuto, recordé lo que podía, y reflexioné. Recuerdo el instante —no fue más que un instante—, de la horrible conciencia que tuve antes del acto, de que estaba matando a una mujer, a una mujer indefensa, a mi esposa! Recuerdo el horror de esta conciencia y por eso concluyo, y hasta recuerdo vagamente, que después de hundir el puñal, lo saqué en seguida, queriendo reparar lo hecho y detenerlo. Me quedé inmóvil un segundo, esperando lo que sucedería, y si se podía reparar. Ella se puso en pie, exclamando:

“—¡Ama, me ha matado!

“El ama, que había oído el ruido, estaba a la puerta. Yo permanecía en pie, esperando, sin acabar de dar crédito a lo que sucedía. Pero en aquel punto brotó de debajo del corsé un borbotón de sangre. Tan sólo entonces, comprendí que toda reparación era imposible e inmediatamente pensé que tampoco era necesaria, que esto era precisamente lo que yo quería y lo que debía hacer. Aguardé hasta el instante en que cayó, y en que el ama corrió hacia ella, gritando: “¡Ay, Dios mío!” Entonces tiré el puñal y salí de la estancia. “Nada de agitarse; es menester conciencia de lo que hago”, me dije, sin mirarla a ella ni al ama. El ama gritaba llamando a la doncella. Yo atravesé el pasillo, y, después de enviar a la doncella, me dirigí a mi habitación. “¿Qué hacer ahora?”, me pregunté a mí mismo. Y comprendí inmediatamente lo que debía hacer. Apenas en el despacho, me fui en derechura a la pared, alcancé un revólver, lo examiné —estaba cargado— y lo puse en la mesa. En seguida recogí la vaina del puñal de detrás del diván y me senté. Así permanecí mucho tiempo. No pensaba en nada. Oía hacia allá vagos ruidos, una persona que entraba y otra luego. Después oí y vi a Gregorio que trajo mi cesta al gabinete. ¡Como si aquello le hiciese falta a nadie!

“—¿Has oído lo que ha pasado? —le dije—. Dile al portero que dé parte a la policía.

“No dijo nada y salió. Yo me levanté, cerré la puerta, tomé los cigarrillos y los fósforos y me puse a fumar. No había acabado mi cigarrillo, cuando caí rendido de sueño. Dormí seguramente dos horas. Me acuerdo que soñé que estábamos en armonía con ella; que después de un altercado hacíamos las paces; que había alguna pequeña cosita que nos lo impedía, pero que éramos buenos amigos. Me despertó un golpe asestado a la puerta. “Es la policía”

—pensé saliendo del sueño—. “He matado, creo. Pero puede que sea ella y no ha ocurrido nada”. Volvieron a llamar. No respondí; trataba de resolver la duda: “¿Ha sucedido o no?” “Sí, ha sucedido”. Me acordé de la resistencia del corsé, de cómo se hundió la hoja y me estremecí. “Sí, ha sucedido; ha sucedido. Ahora tengo que acabar conmigo”, me decía. Lo decía, pero sabía perfectamente que no había de matarme. Sin embargo, me levanté y volví a recoger el revólver, pero, cosa extraña, antes recuerdo haber estado muy cerca del suicidio, como en aquella misma noche, en el tren, me parecía fácil, fácil, sobre todo pensando en lo aterrada que la dejaría. Ahora no sólo no podía matarme, sino ni pensar en ello siquiera. “¿Para qué?”, me preguntaba y no llegaba ninguna respuesta. Llamaron a la puerta de nuevo. “Sí; pero antes hay que ver quién es el que llama. Tengo tiempo”. Puse el revólver en la mesa y lo tapé con un periódico. Me adelanté a la puerta y descorrí el pestillo. Era la hermana de mi mujer, una viuda buenaza y simplona.

“—Qué es esto, Vasia? —preguntó, dejando correr las lágrimas, que tenía siempre dispuestas.

“—¿Qué quiere usted? —respondí groseramente.

“Veía que no tenía ninguna necesidad de ser grosero con ella; pero no pude encontrar otro tono.

“—¡Vasia, se muere! Lo ha dicho Iván Zajárovich. —Iván Zajárovich era su médico, su médico y consejero.

“—¿Cómo?, ¿está aquí? —pregunté y volvió a revolvérseme toda la ira que sentía contra ella—. ¿Y qué?

“—¡Vasia, ve a verla! ¡Ah!, ¡qué horrible!

“¿Iré a verla?”, me pregunté. Y me respondí en seguida que debía ir, que probablemente eso es lo que se hacía siempre; que cuando un marido mataba a su mujer, tenía absolutamente que ir a verla. “Si se acostumbra eso, hay que ir”, me dije. “Si es preciso, tiempo tendré de sobra”, me decía, pensando en mi intención de suicidarme y la seguí. “Ahora empezarán las palabritas y los aspavientos; pero, ¡no!, no cederé”, afirmé resueltamente. “—Espera —dije—. Es tonto ir descalzo. Deja que me ponga siquiera unas zapatillas.”

XXVIII

—¡Es singular! De nuevo, cuando salía del despacho y atravesaba aquellas piezas familiares, renacía mi esperanza de que no había pasado nada, pero el olor de esas porquerías de médicos, yodoformo, ácido fénico, me dio un golpe. “¡No! ¡Es un hecho, todo!” Al pasar por delante del cuarto de los niños, vi a Lisa. Me miraba con ojos espantados. Creo que todos los niños estaban allí y me miraban. Llegué junto a la puerta; me abrió una criada que estaba dentro y salió. Lo primero que saltó a la vista fue su vestido gris claro, encima de una silla, negro de sangre. Ella estaba tendida en nuestra cama, más bien en la mía, pues era más fácil de alcanzar, con las rodillas levantadas. La habían puesto muy alto sobre almohadones, con la mañanita desabrochada. La herida estaba tapada. Llenaba la pieza un olor pesado de yodoformo. Ante todo y sobre todo, me asombró la

hinchazón de la cara y el tinte azulado que se extendía por debajo de los ojos y por una parte de la nariz. Era la señal del codazo que le di cuando quiso detenerme. No quedaba ni rastro de su belleza y me pareció ver en ella algo innoble. Me quedé parado en el umbral. “—Acércate, acércate a ella —me dijo su hermana. “Sí, probablemente quiere arrepentirse”, pensé. “¿Debo perdonarla? Sí; se muere, y hay que perdonarla”, pensaba, tratando de ser generoso. Me aproximé hasta el borde de la cama. Levantó hacia mí trabajosamente los ojos, uno de ellos hinchado, y articuló con dificultad y con voz vacilante:

“—Has conseguido lo que querías. ¡Me has matado! —Y su cara a través de los sufrimientos físicos y a pesar de la aproximación de la muerte, expresaba aquel odio frío y animal que me era tan familiar—. Los niños... no has de tenerlos... a pesar de todo. Los recogerá ella (su hermana).

“Pero en cuanto a lo esencial para mí, a su falta, a su traición, hubiérase dicho que no creía necesario mencionarlo.

—¡Puedes gozarte en lo que has hecho! —dijo, con la mirada dirigida hacia la puerta y sollozó. Su hermana y los niños estaban a la puerta—. Sí, imira lo que has hecho!

“Dirigí una mirada a los niños, volví después los ojos a su cara abotagada y acardenalada y por vez primera olvidé mis derechos, mi orgullo, y vi en ella un ser humano. Y todo lo que me ofendía, todos aquellos celos míos, me pareció ahora tan insignificante, y tan grave lo que acababa de hacer, que sentí impulsos de aproximar mi cara a su mano y decir: “Perdón”. Pero no me atrevía. Ella permanecía callada, con los ojos cerrados, sin fuerzas ya evidentemente para hablar. Luego empezó a temblar y a arrugarse su cara desfigurada. Me apartó débilmente:

“—Por qué ha sucedido todo esto?... ¿Por qué? —Perdóname —dije.

“—¿Perdón? ¡Tonterías! Con tal que yo no muera —exclamó, quiso levantarse, y sus ojos febrilmente brillantes se clavaron en mí—, ¡Ah! Has conseguido lo que querías. ¡Te aborrezco!... ¡Ah!

¡Ah!—gritó, delirando y asustada por algo—. ¡A todos, a todos y a él! ... Se ha marchado... Se ha marchado... Bueno, mata, mata, ino tengo miedo!...

“Continuó el delirio. Ya no conocía a nadie. Murió aquella misma mañana, hacia el mediodía. A mí me detuvieron antes, a las ocho, me llevaron a la prevención y después a la cárcel. Allí, esperando la vista del proceso durante once meses, reflexioné sobre mí, sobre mi pasado, y llegué a comprender. Empecé a comprender desde el tercer día. El tercer día me llevaron allá...”

Posdnichev pareció querer añadir alguna cosa; pero no teniendo fuerzas para sofocar sus sollozos, se detuvo. Recobrada la calma, prosiguió:

—Sólo entonces, sólo al ver su cara muerta, comprendí todo lo que había hecho... Comprendí que era yo, yo, el que la había matado; que por mi causa ella, que se movía, que vivía, que palpitaba, estuviese entonces inmóvil y fría, y que jamás, en ninguna parte, por ningún medio podía repararlo. ¡El que no ha pasado por esto, no puede comprenderlo!

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —exclamó varias veces, y quedó quieto. Permaneció largo rato callado. Posdnichev sollozaba y temblaba, silencioso, delante de mí. Se le había adelgazado y alargado la cara, y la boca la cortaba de par en par.

—Sí —dijo de repente—. Si yo hubiese sabido lo que sé ahora, todo hubiera sido distinto. Jamás me hubiese casado con ella, por nada de este mundo, y en general no me hubiera casado.

Volvimos a quedarnos callados largo tiempo.

—Bueno, perdóneme... —Me volvió las espaldas y se acostó, tapándose con su manta de viaje. En la estación, en la que yo tenía que bajar —eran las cinco de la mañana—, me acerqué a él para despedirme. Dormía o fingía dormir, no sé, pero no se movía. Le toqué la mano. Destapó la cara y vi que no dormía.

—Adiós —dije, tendiéndole la mano. Me tendió la suya y sonrió, pero tan lastimosamente, que yo sentí ganas de llorar.

—Sí, perdone —contestó, repitiendo la palabra, con la que había concluido su relato.

1889

POSTFACIO

He recibido y sigo recibiendo numerosas cartas de personas desconocidas para mí, pidiéndome que les explique en términos sencillos y claros lo que pienso acerca del sujeto de mi cuento titulado *La Sonata a Kreutzer*. Voy a intentar hacerlo, es decir, expresar en breves palabras, hasta donde sea posible, lo esencial de lo que quise decir en esta narración y las conclusiones que a mi parecer se pueden extraer de ello.

Quise decir, *primero*, que en nuestra sociedad se ha formado una opinión firme, común a todas las clases y sostenida por la falsa ciencia, de que las relaciones sexuales son una cosa necesaria para la salud, y como el matrimonio no siempre es posible, las relaciones sexuales extraconyugales, las que no obligan al hombre a nada excepto el pago de dinero, son completamente naturales y que, por lo tanto, deben ser aprobadas. Esta

convicción se ha generalizado hasta tal punto, que ciertos padres, por consejo de los médicos organizan el libertinaje de sus hijos; los gobiernos, cuya única razón de ser consiste en ocuparse del bienestar moral de los ciudadanos, fomentan el vicio, es decir, legalizan las actividades de toda una clase de mujeres destinadas a la pérdida corporal y espiritual, para satisfacer las exigencias imaginarias de los hombres, y los célibes se entregan al libertinaje con la conciencia completamente tranquila.

Y entonces quise decir que esto no está bien, porque no puede admitirse que para la salud de unos sea preciso perder los cuerpos y las almas de otros, como no puede ser que para la salud de unos sea preciso beber la sangre de otros.

La conclusión que me parece natural deducir de todo esto, es que no hay que ceder a este error. Y para no ceder es necesario, en primer término, no creer en doctrinas inmorales, ni aun cuando hayan sido confirmadas por no importa qué sedicente ciencia, y en segundo lugar, es preciso comprender que relaciones sexuales que eximen de sus posibles consecuencias —los hijos—, o arrojan toda la responsabilidad sobre la mujer, o previenen la posibilidad de la procreación, son una cobardía y un crimen contra las exigencias más elementales de la moral, y que por lo tanto los célibes que quieran vivir como cobardes no deben hacerlo.

Y para que puedan abstenerse, deben —además de llevar un género de vida natural, no beber, no agitarse, no comer carne, no evitar el trabajo (no la gimnasia, sino el trabajo que fatiga y que no es un recreo)— rechazar de sus pensamientos la posibilidad de relaciones con mujeres extrañas, como todo hombre rechaza tal posibilidad entre sí y su madre, hermana, parientes y las mujeres de sus amigos.

La prueba de que es posible la continencia, y que es menos peligrosa y nociva que la incontinencia, la encontrará alrededor de sí todo hombre, con centenares de ejemplos.

Esto en cuanto a lo primero.

Y *segundo*; en nuestra sociedad, gracias a las ideas acerca de las relaciones amorosas, no sólo como condición imprescindible de salud y como placer, sino también como un bien de la vida noble y poético, la infidelidad conyugal ha llegado a ser en todas las clases sociales (y sobre todo entre los campesinos merced al servicio militar) el acto más frecuente.

Y pienso que esto no está bien.

En cuanto a la conclusión que dimana de ello, es que no se debe hacer.

Y para no hacerlo, hay que cambiar la concepción que se tiene del amor carnal, que hombres y mujeres sean educados en sus familias y por la opinión pública de tal modo que antes y durante el matrimonio consideren el amor y las relaciones sexuales que son su consecuencia no como un estado poético y sublimador, como lo hacen ahora, sino como un estado bestial, humillante para el hombre, y que la violación de la promesa de fidelidad que se da en el matrimonio sea castigada en la opinión pública por lo menos igual como se castigan las violaciones de los pactos pecuniarios y las estafas comerciales, en vez de ser glorificada, como se hace ahora, en novelas, poemas, canciones, ópera, etc.

Esto en cuanto a lo segundo.

Tercero: en nuestra sociedad, siempre gracias a la falsa importancia que se da al amor carnal, el nacimiento de los hijos ha perdido su sentido y en lugar de ser el fin y la justificación de las relaciones conyugales, ha llegado a ser un impedimento para la continuación agradable de las relaciones amorosas, y que, a causa de esto, en el matrimonio y fuera del matrimonio, según el consejo de los servidores de la ciencia médica, comienza a difundirse el empleo de medios que privan a la mujer de producir hijos, o bien se ha hecho costumbre, lo cual no se veía antes ni se ve aún en las familias labradoras patriarcales, continuar las relaciones durante la preñez y la lactancia.

Y creo yo que esto no está bien.

No está bien emplear medios contra el nacimiento de los hijos en primer lugar porque ello libera a la gente del cuidado de los hijos y del trabajo por ellos, que son la justificación del amor carnal, y en segundo lugar porque es algo muy cercano al acto más contrario a la conciencia humana: el asesinato. Y no está bien la incontinencia durante la preñez y lactancia porque ello destruye las tuerzas físicas y, sobre todo, las fuerzas morales de la mujer.

La conclusión que de ello dimana es que no debe hacerse. Y para no hacerlo, es preciso comprender que la abstinencia, condición necesaria de la dignidad humana en el celibato, es aun más obligatoria en el matrimonio.

Esto en cuanto a lo tercero.

Cuarto: en nuestra sociedad, donde los hijos llegan a ser un impedimento para el goce, un accidente desgraciado o un goce de otro género, cuando llegan a tenerse en el número de antemano convenido, esos hijos se crían y educan no en vista de la finalidad que han de cumplir en la vida, como seres razonables y capaces de amor, sino únicamente en vista de los placeres que pueden ofrecer a los padres. Y a causa de esto, las criaturas humanas se crían como animales, de modo que los principales cuidados de los padres consisten no en prepararlos para una actividad digna de un ser humano, sino (y en esto los padres están sostenidos por la famosa ciencia llamada medicina) en cebarlos lo mejor posible, aumentar su estatura, hacerlos limpios, blancos, hermosos (si esto no se hace en las clases bajas, es por imposibilidad, pero las miras son idénticas). Y en esos niños mimados, como en los animales cebados con demasía, aparece de un modo extraordinariamente precoz una sensualidad insuperable, motivo de terribles torturas en la adolescencia. Los vestidos, las lecturas,

los espectáculos, las músicas, los bailes, las golosinas, todo el ambiente de la vida, desde las estampas hasta las novelas y los poemas, encienden aún más aquel sensualismo; y gracias a esto los más horribles vicios sensuales y las enfermedades llegan a ser condiciones ordinarias de la edad adolescente en los niños de uno y de otro sexo, y a menudo persisten hasta en la edad madura.

Y yo creo que esto no está bien.

En cuanto a la conclusión que se pueda sacar de ello, es que hay que cesar de criar seres humanos como si fueran animales, y comprender que es preciso, para educar a los hijos del hombre, tener otros propósitos que un cuerpo bonito y bien cebado.

Esto en cuanto a lo cuarto.

Quinto: en nuestra sociedad, donde el enamoramiento entre los jóvenes, que en su fondo no es otra cosa que amor carnal, se convierte en la finalidad y el anhelo más alto y poético del hombre, lo que se comprueba por todo el arte y la poesía de nuestra sociedad, los jóvenes consagran el mejor período de su vida: los muchachos, a la búsqueda y conquista de las mejores oportunidades amorosas, ya bajo el aspecto del matrimonio o el concubinato, y las mujeres y las muchachas a la seducción de los hombres reteniéndolos ya mediante el amancebamiento o en relaciones matrimoniales.

Y por eso las mejores fuerzas se gastan en un trabajo no sólo improductivo, sino dañoso. De aquí proviene la mayor parte del lujo de nuestra vida, de aquí la ociosidad de los hombres y el impudor de las mujeres, que no desdeñan exhibir las partes de su cuerpo que excitan la sensualidad, imitando las modas creadas y defendidas por mujeres notoriamente disolutas.

Y yo creo que esto no está bien.

No está bien porque el amor tal como se lo interpreta, dentro o fuera del matrimonio, no es una finalidad digna del ser humano, así como no es digna de él la finalidad —que muchos imaginan como el bien supremo— de procurarse una alimentación exquisita y abundante.

En cuanto a la conclusión que se puede extraer de ello, es que debemos dejar de pensar que el amor carnal es algo especialmente elevado, y comprender que el fin digno del hombre —trátase del culto a la humanidad, a la patria, el arte (y no hablemos del culto a Dios), o de cualquier otro— no se alcanza por la unión con el objeto de ese amor en o fuera del matrimonio, sino que por el contrario el amor y la unión con el objeto de ese amor (por mucho que se trate de comprobar lo opuesto en poesía y en prosa) nunca facilita el logro de cualquier fin digno del hombre y siempre lo dificulta.

Esto en cuanto a lo quinto.

He aquí lo esencial de lo que quise decir y creía haber dicho en mi relato. Y me parecía que no se podían discutir los medios para corregir el mal que señalaban estas proposiciones, pero que era imposible no estar de acuerdo con ellas. Me parecía que no es posible estar de acuerdo con estas proposiciones, en primer lugar porque estas proposiciones estaban completamente conforme con el progreso de la humanidad, que siempre ha ido de la disolución a la castidad, y con la conciencia moral de la sociedad, con nuestra propia conciencia, que siempre condena la disolución y estima la castidad; y en segundo lugar porque estas proposiciones no son otra cosa que conclusiones extraídas de la doctrina del Evangelio, la que confesamos o, por lo menos —aunque inconscientemente—, reconocemos como base de nuestros conceptos morales. Pero no sucedió así.

Nadie, es cierto, refuta directamente la proposición de que no se debe llevar una vida disoluta antes del matrimonio y después, que no se debe impedir artificialmente la procreación, que no se debe hacer un juguete de los hijos y que no se debe colocar la unión amorosa por encima de todo lo demás: en una palabra, nadie impugna el juicio de que la castidad es mejor que la disolución. Pero dicen: “Si el celibato es mejor que el matrimonio, es evidente que se debe hacer lo que sea mejor. Pero si así se hiciera, el género humano se acabaría y por consiguiente no puede ser el ideal del género humano, su propia extinción”. Mas sin hablar de que la extinción del género humano no es una idea nada nueva para nosotros, puesto que para la gente religiosa es un dogma de fe y para los hombres de ciencia la consecuencia inevitable del enfriamiento del sol, este argumento encierra un gran mal entendido muy antiguo y común.

Se dice: “Si los hombres alcanzaran el ideal de la castidad absoluta, desaparecerían; y por lo tanto ese ideal no es justo”. Pero los que hablan así, voluntaria o involuntariamente confunden dos cosas distintas: una reglaprescripción y un ideal.

La castidad no es regla o prescripción, sino un ideal o, más bien, una de sus condiciones.

Pues el ideal es ideal sólo cuando su realización es posible únicamente en idea, en el pensamiento, cuando parece alcanzable sólo en el infinito y cuando, por lo tanto, la posibilidad de aproximarse a él es infinita. Si el ideal fuera no solamente alcanzable, sino que nosotros pudiéramos imaginarnos su realización, cesaría de ser ideal.

Así es el ideal de Cristo —el establecimiento del reino de Dios en la tierra— ideal ya antes predicho por los profetas, de que llegará el tiempo en que todos los hombres obedecerán a Dios, fundirán las espadas para hacer arados, las lanzas para hacer guadañas, en que el león se acostará al lado del cordero y todos los seres se verán unidos por el amor. Todo el sentido de la vida humana consiste en dirigirse hacia este ideal, y por lo tanto la aspiración al ideal cristiano en su conjunto y a la castidad como a una de las condiciones de ese ideal, no sólo no excluye la posibilidad de vida, sino que al contrario la ausencia de este ideal cristiano destrozaría todo progreso y, junto con ello, la posibilidad de vida.

El argumento de que el género humano perecerá si los hombres aspiran con todas sus fuerzas al ideal de castidad, es como si se dijera (y en efecto se dice) que el género humano perecerá si los hombres, en vez de luchar por la vida, aplicaran todas sus fuerzas a realizar el amor por sus amigos, sus enemigos y por todo lo que vive.

Tales razonamientos derivan de la incomprensión de la diferencia entre dos modos de dirección moral.

Así como hay dos medios de indicar el camino a un viajero, hay también dos modos de dirección moral para el hombre que busca la verdad. Uno consiste en indicar los objetos que deben encontrarse en el camino, y el viajero se verá guiado por esos objetos.

El otro consiste en indicar solamente la dirección, según la brújula que todo hombre lleva dentro de sí y que siempre le indica la misma inmutable dirección y, por lo tanto, toda desviación suya.

El primer modo de dirección moral es el de las definiciones y reglas exteriores: , se le dan al hombre ciertos signos en los actos que debe o no debe realizar.

“Observa el sábado, circuncídate, no robes, no bebas bebidas fermentadas, no mates, da el diezmo a los pobres, lávate y reza cinco veces al día, etc.”— tales son las reglas impuestas por las religiones exteriores: la brahmánica, la budista, la musulmana, la judía y la eclesiástica (falsamente denominada cristiana).

El otro modo es el de indicar al hombre un estado de perfección nunca alcanzable, cuyo anhelo el hombre siente en sí:

al hombre se le muestra el ideal y siempre puede darse cuenta cuán lejos está de él.

“Ama a Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo. Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre Celestial”.

He aquí la doctrina de Cristo.

El control de la realización de las doctrinas religiosas externas es la coincidencia de los actos con las definiciones de esas doctrinas, y esta coincidencia es posible.

El control de la realización de la doctrina de Cristo es la conciencia del grado de no-concordancia con la perfección ideal. (El grado de acercamiento no se ve, sólo se ve la desviación de la perfección).

El que profesa la ley exterior es un hombre alumbrado por la luz de un farol colgado a un poste. Se queda dentro del círculo de la luz de este farol, puede ver claro y no tiene que ir a otra parte. El que profesa la doctrina cristiana se parece a un hombre que lleva el farol decante de sí colgado de un palo más o menos largo: la luz siempre se queda delante de él y lo estimula a seguirla, y siempre le abre nuevos espacios iluminados que lo atraen.

El fariseo da gracias a Dios por haberlo cumplido todo. El adolescente rico también lo ha cumplido todo desde su infancia y comprende qué es lo que le falta. Y no puede pensar de otro modo; no tiene ante sí una meta a la cual aspirar. El diezmo ha sido pagado, el sábado observado, los padres respetados, no hay adulterios, robos, asesinatos, ¿qué más se quiere? Mas para el que confiesa la doctrina de Cristo, cada grado de perfección que alcanza provoca el deseo de subir más arriba, desde donde se descubren grados aún más altos, y así hasta lo infinito.

El que confiesa la ley de Cristo se encuentra siempre en la situación del publicano: se reconoce imperfecto siempre, no ve el camino que ha dejado detrás de sí, sino únicamente el que debe seguir y no ha recorrido aún.

En esto consiste la diferencia entre la doctrina de Cristo y todas las demás doctrinas religiosas; la que no consiste en exigencias diferentes, sino en un modo diferente de guiar a los hombres.

Cristo no dio ninguna definición de la vida, nunca estableció institución alguna, tampoco nunca estableció el matrimonio. Pero los hombres que no comprenden las particularidades de la doctrina de Cristo, que están acostumbrados a reglas exteriores y que quieren sentir que tienen razón, como lo siente el fariseo, en contradicción con todo el espíritu de la doctrina de Cristo, hicieron de su letra una doctrina de reglas exteriores, que se llama la doctrina cristiana eclesiástica y substituyeron esta doctrina a la verdadera doctrina ideal de Cristo.

Con respecto a todas las manifestaciones de la vida, las doctrinas eclesiásticas, que se titulan cristianas, en vez de la doctrina del ideal de Cristo, han colocado definiciones y reglas exteriores contrarias al espíritu de su doctrina. Esto se hizo con respecto a los pobres, los tribunales, el ejército, la iglesia, el culto, se hizo también con respecto al matrimonio: a pesar de que Cristo no sólo nunca instituyó el matrimonio, sino que, si hay que buscar definiciones externas, más bien lo negó (“deja a tu mujer y sigúeme”), las doctrinas eclesiásticas, que se llaman cristianas, han establecido el matrimonio como institución cristiana, es decir, han definido las condiciones exteriores en las que al parecer el amor carnal puede, para un cristiano, ser sin pecado y completamente permisible. Pero como la verdadera doctrina cristiana no contiene ninguna justificación de la institución del matrimonio, resulta que las gentes de nuestro mundo han abandonado una orilla y no han atracado en la otra, es decir, que en realidad no creen en las definiciones eclesiásticas del matrimonio, comprendiendo que esta institución carece de fundamento en la doctrina cristiana, y al mismo tiempo se quedan con respecto al matrimonio sin ninguna dirección, habiendo perdido de vista el ideal de Cristo —la aspiración de la castidad absoluta— ocultado por la doctrina de la Iglesia. De aquí este fenómeno, a primera vista extraño, que el principio de la familia y de la felicidad conyugal es incomparablemente más firme entre los judíos, los musulmanes, los tibetanos y otros pueblos que profesan doctrinas religiosas de un nivel muy inferior al cristianismo, pero que tienen definiciones exteriores precisas del matrimonio, que entre los pretensos

cristianos. Aquellos tienen el concubinato, la poligamia y la poliandria encerrados dentro de ciertos límites, mientras que entre nosotros existen absoluto libertinaje, concubinato, poligamia y poliandria, que no se someten a ninguna reglamentación y se ocultan bajo una monogamia imaginaria.

Sólo porque una parte de los que se unen hacen ejecutar por el clero cierta ceremonia, se imaginan ingenua e hipócritamente que viven en estado de monogamia.

No puede haber matrimonio cristiano, ni nunca lo hubo, como jamás existió ni puede existir culto cristiano (Mateo VI, 5-12; Juan IV, 21), ni doctores y padres cristianos (Mateo XXIII, 8-10). ni propiedad cristiana, ni ejército cristiano, ni estado cristiano.

Así lo comprendieron siempre los cristianos de las primeras edades y los que les sucedieron.

El ideal del cristiano es el amor a Dios y al prójimo, es la renuncia a sí mismo para el servicio de Dios y del prójimo;

mientras que el amor carnal, el matrimonio, es el culto de sí mismo y, por lo tanto, constituye en todo caso un obstáculo al servicio de Dios y de los hombres y, desde el punto de vista cristiano, es una caída, un pecado.

El matrimonio no puede contribuir al servicio de Dios o de los hombres, aun en el caso de que los cónyuges tuvieran por fin la procreación. En vez de contraer matrimonio para procrear, sería mucho más sencillo que esta gente sostuviera y salvara a los millones de vidas de niños que perecen alrededor nuestro por falta de alimento, no digo espiritual, sino simplemente material.

Sólo entonces podría el cristiano contraer matrimonio sin caer en el pecado, si viera y supiera que las vidas de todos los niños existentes están aseguradas.

Se puede rechazar la doctrina de Cristo, de la que está impregnada toda nuestra vida y en la que se basa toda nuestra moral, pero una vez aceptada esta doctrina, debe reconocerse que implica el ideal de absoluta castidad.

El Evangelio dice claramente, sin la menor posibilidad de otra interpretación, primero, (que el casado no debe divorciar para tomar otra mujer, sino que debe vivir con la que se ha unido (Mateo V, 32, XIX, 8 y sig.); segundo, que para el hombre en general, sea casado o no, es un pecado mirar a una mujer como objeto de goce (Mateo V, 28-29) y tercero, que es mejor no casarse de ningún modo, es decir, conservar absolutamente la castidad (Mateo XIX, 10-12).

Para muchos las ideas emitidas por mí parecerán extrañas y hasta contradictorias.

Y en efecto son contradictorias, pero no entre sí, sino que estas ideas contradicen toda nuestra vida, e involuntariamente surge la cuestión de quién tiene razón: ¿estas ideas, o la vida de millones de personas, la mía entre otras?

Este sentimiento es el que yo mismo he experimentado, sobre todo al tiempo de llegar a las conclusiones que ahora expreso; nunca esperaba que el curso de mis ideas me llevarían donde me han llevado. Aterrabanme mis propias conclusiones, quería no creerlas, pero no creer era imposible. Y por contrarias que puedan parecer estas conclusiones a toda la estructura de nuestra vida, por contradictorias que sean de todo lo que yo antes pensaba y hasta decía, me he visto obligado a reconocerlas.

“Pero todo esto no son más que contradicciones generales que tal vez son justas pero que pertenecen a la doctrina de Cristo y son obligatorias para los que la confiesan; pero la vida es la vida y no se puede, habiendo indicado el ideal inalcanzable de Cristo, dejar a los hombres con este solo ideal, sin dirección alguna, en una de las cuestiones más generales, más candentes y que produce los peores males.

“Un hombre joven y ardiente primero se dejará arrastrar por el ideal, pero no resistirá, caerá y no conociendo ninguna regla, será llevado al peor libertinaje”.

Así se acostumbra razonar.

“El ideal de Cristo es inalcanzable, por lo tanto no puede servirnos de guía en la vida; de él se puede hablar, con él se puede soñar, pero no puede ser aplicado a la vida y por consiguiente hay que dejarlo.

“No precisamos un ideal, sino una regla, un manual que estando a nuestro alcance, proporcionaría el nivel medio de las fuerzas morales de nuestra sociedad: el matrimonio religioso honesto, y aun no completamente honesto, en el que uno de los contrayentes, como entre nosotros ocurre con el hombre, ya se ha unido con muchas mujeres, o hasta el matrimonio con posibilidad del divorcio, o aun el matrimonio civil, o (yendo más lejos) el matrimonio temporario japonés”. ¿Por qué no llegar entonces hasta las casas de tolerancia?

Se dice que es mejor que el libertinaje callejero.

La desgracia consiste precisamente en que, habiéndose permitido rebajar el ideal a su propia debilidad, no hay límite donde detenerse.

Pero este razonamiento es falso desde el principio; es falso antes de todo que un ideal de perfección infinita no pueda servir de guía en la vida y que, al considerarlo, se deba hacer un gesto de desesperación, diciendo que no nos hace falta, puesto que nunca podremos alcanzarlo, o rebajar el ideal hasta los peldaños donde quiere permanecer nuestra debilidad.

Razonar así es como si un navegante dijera: “Puesto que no puedo seguir la línea indicada por la brújula, tiraré la brújula o dejaré de mirarla, es decir, rechazaré el ideal, o fijaré la aguja de la brújula al lugar que corresponda en un momento dado de la marcha de mi barco, es decir, rebajaré el ideal a mi propia debilidad”.

El ideal de perfección dado por Cristo no es un sueño o un pretexto de sermones retóricos, sino que es la guía más indispensable y accesible para la vida moral de los hombres, como la brújula es un instrumento necesario y

accesible para la dirección del navegante; sólo que es preciso creer en éste como en aquél.

Cualquiera que sea la situación en que pueda encontrarse un hombre, la doctrina ideal de Cristo es siempre suficiente para darle la más justa indicación de los actos que deben y que no deben cometerse. Pero hay que creer plenamente en esta doctrina y en ella sola, dejar de creer en todas las demás, así como el navegante tiene que creer en la brújula y dejar de mirar a su alrededor y de guiarse por los objetos que allí ve.

Hay que saber guiarse por la doctrina cristiana, como hay que saber guiarse por la brújula, y por esto lo principal es comprender su situación, no tener miedo en definir exactamente su desviación de la dirección ideal indicada.

Cualquiera que sea el grado alcanzado por el hombre, siempre existe para él la posibilidad de acercarse a este ideal, y no hay situación en la que pueda decir que lo ha alcanzado y que ya no puede aspirar a acercarse aún más.

Tal es la aspiración del hombre al ideal cristiano en general y al ideal de castidad en particular.

Si nos representamos respecto a la cuestión sexual todas, las. situaciones posibles de los hombres, desde la inocente niñez hasta el matrimonio incontinente, en cada peldaño la doctrina de Cristo, con el ideal que indica, siempre servirá de guía clara y definida para lo que el hombre debe y no debe hacer en cada una de esas situaciones.

¿Qué debe hacer el joven puro, la muchacha? Conservarse puros de las tentaciones y, para poder consagrar todas sus fuerzas al servicio de Dios y del prójimo, aspirar a una castidad siempre creciente en los pensamientos y deseos.

¿Qué debe hacer un joven o una muchacha, que hayan cedido a las tentaciones, absorbidos por pensamientos de amor sin objeto o de amor hacia cierta persona, los que por lo tanto hubieran perdido en parte su aptitud de servir a Dios o al prójimo? Siempre lo mismo: no dejarse caer, sabiendo que tal caída no los libraría de la tentación, sino que aumentará, y seguir aspirando a una castidad siempre creciente para tener la posibilidad de servir lo más plenamente posible a Dios y al prójimo.

¿Qué deben hacer las gentes cuando no han vencido en la lucha y han caído? Considerar su caída no como un deleite permitido, como sucede ahora, cuando la caída está justificada por la ceremonia de los esponsales, no como un placer casual, que puede repetirse con otros, no como una desgracia, cuando esta caída sucede con una persona inferior, sino que esta primera caída debe ser considerada como la única, como matrimonio indisoluble.

Este matrimonio, con las consecuencias que derivan de él —el nacimiento de los hijos— define para los contrayentes un nuevo modo, más limitado, de su servicio de Dios y del prójimo. Antes del matrimonio el hombre puede servir a Dios y a los hombres directamente y en las formas más distintas; pero el matrimonio limita su campo de actividad y exige de él la procreación y la educación de los hijos provenientes del matrimonio, futuros servidores de Dios y de los hombres.

¿Qué deben hacer el hombre y la mujer que viven en matrimonio y cumplen con este servicio limitado de Dios y de los hombres, que deriva de su situación, mediante la procreación y la educación de los hijos?

Siempre la misma cosa: aspirar juntos a sobreponerse a las tentaciones, a purificarse y librarse del pecado, reemplazando las relaciones que impiden el servicio general y particular de Dios y de los hombres, el amor carnal, por relaciones puras de hermanos. Y por lo tanto no es cierto que no podamos guiarnos por el ideal de Cristo, porque es tan alto, perfecto e inalcanzable. No podemos guiarnos por él solamente porque nos mentimos a nosotros mismos y nos engañamos.

Pues al decir que debemos tener reglas más realizables que el ideal de Cristo, porque de otro modo no alcanzaremos el ideal de Cristo y caeremos en el vicio, no decimos que el ideal de Cristo es demasiado elevado para nosotros, sino solamente que no creemos en él y no queremos reglamentar nuestra conducta según este ideal. Cuando decimos que una vez caídos, nos entregamos al vicio, sólo decimos que ya hemos decidido por adelantado que la caída de una persona inferior no es un pecado, sino una distracción, un arrebató, que no es absolutamente necesario remediar por lo que llamamos el matrimonio. Pero si comprendiéramos que la caída es un pecado, que puede y debe ser redimido únicamente por la indisolubilidad del matrimonio y por toda aquella actividad que deriva de la educación de los hijos nacidos de este matrimonio, entonces la caída nunca podría ser la causa de nuestro hundimiento en el vicio.

Es como si el labriego no considerara siembras aquellas que no rinden y sembrando por segunda o tercera vez, considerara como verdadera siembra sólo la que le hubiere salido bien. Es evidente que aquel hombre gastaría mucho terreno y muchas siembras, sin nunca aprender a sembrar.

Tómese sólo la castidad por ideal, considérese que toda caída sea de quien sea con cualquiera que sea es el único matrimonio, indisoluble por toda la vida, y entonces será claro que la guía dada por Cristo no sólo es suficiente, sino que es la única posible.

Se dice: “El hombre es débil; hay que darle una tarea adecuada a sus fuerzas”. Es lo mismo que decir: mi mano es débil; no puedo trazar una línea recta, es decir, la distancia más corta entre dos puntos, y he aquí que para hacerme más fácil la tarea, para hacer una línea recta, tomaré por modelo una línea curva o quebrada.

Cuanto más débil mi mano, más necesidad tengo de un ejemplo perfecto.

No se puede, conociendo la doctrina del ideal cristiano, hacer como si no lo conociéramos, y sustituirlo por definiciones exteriores.

La doctrina cristiana del ideal ha sido revelada a la humanidad precisamente porque puede servirle de guía en la época actual. La humanidad ha traspasado ya el período de las definiciones religiosas exteriores y nadie cree ya en ellas. La doctrina cristiana del ideal es la única doctrina que puede guiar a la humanidad.

No se puede, ni se debe reemplazar el ideal de Cristo por reglas exteriores, sino que se debe conservar firmemente este ideal en sí, en toda su pureza, y sobre todo creer en él. Al que está nadando cerca de la orilla, se le puede decir:

“Déjate guiar por. aquella elevación, cabo, torre, etc.” Pero llega el tiempo cuando los nadadores se han alejado de la orilla y sólo les pueden servir de guías los astros inalcanzables y las brújulas, que les muestran la dirección. Y esto y aquello nos ha sido dado.

¹ El *Domostroy* es un código matrimonial de la época de Iván el Terrible.

² Sidra rusa.

³ Chicharrones.

⁴ Coche ruso tirado por tres caballos.

⁵ Barrios de mala fama de Moscú.